

«MENTALIDAD» Y «CULTURA» OBRERA EN LA ESPAÑA DE ENTRESIGLOS: VINDICACIONES, PLANTEAMIENTOS E INCERTIDUMBRES HISTORIOGRÁFICAS*

Francisco de Luis Martín y Luis Arias González

A Carlos Serrano, «in memoriam»

1. Mentalidad y cultura obrera en España: ubicación historiográfica

El itinerario recorrido por los estudios históricos que tienen como protagonista y centro al obrero de la España Contemporánea se asemeja a una escalera conformada por tres grandes tramos, distintos cada uno de ellos en el número de peldaños, en la altura y en la dirección, pero en los que, a pesar de todo, se advierte siempre una continuidad y un apoyo sucesivo y simultáneo. El arranque de la misma estaría asentado, indiscutiblemente, sobre unos cimientos básicos y sólidos aportados por la pionera producción de Tuñón de Lara. De Tuñón y de su influencia arrancaron otros múltiples análisis en los que se aunan el materialismo histórico como método dominante, con una preocupación por los fenómenos colectivos políticos y sindicales como temas casi únicos y la asunción de un compromiso político de izquierdas como objetivo primordial, acorde todo ello con las circunstancias impuestas por la inmediatez y la urgencia del momento histórico —el Tardofranquismo y el inicio de la Transición— en que se desarrolló este primigenio, extenso y muy cohesionado conjunto de peldaños. El primer rellano que cortó y, sobre todo, cambió en parte la dirección del tramo anterior, tuvo como referencia simbólica los estudios incluidos en el volumen colectivo dirigido por Balcells *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)* (Valencia, Fernando Torres-Editor, 1977). Sus seguidores cultivaron una interpretación marxista algo distinta a la de Tuñón,

* Este artículo es una versión corregida y ampliada de la ponencia presentada por los autores al VII Encuentro de la Asociación de Historia Contemporánea, celebrado en Oviedo los días 21 a 23 de febrero de 2002.

caracterizada más por la búsqueda integradora del movimiento obrero en la historia de España y por la interdisciplinariedad como método que por cuestiones de reivindicación o de denuncia. El tercer gran tramo, se inició con el tan paradigmático como citadísimo artículo de Álvarez Junco y de Pérez Ledesma: «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?» (*Revista de Occidente*, núm. 12, 1982); partiendo de sus respectivas y amplias experiencias investigadoras, ambos historiadores clamaron por una visión globalizadora —y a la vez integradora— tanto del movimiento obrero organizado como de la figura del obrero, estuviera ésta incluida o no en el mismo; la propuesta pasaba por una apertura hacia todo un conjunto de temas hasta entonces soslayados o minusvalorados y, también, hacia unos nuevos métodos disciplinares y teóricos que fueran capaces de superar las limitaciones y el camino circular en que parecía entonces —y nos parece ahora mismo— se encontraba inmersa la historiografía sobre el proletariado español en el que, machaconamente, se volvía una y otra vez al punto de partida, a releer la misma documentación y las mismas fuentes fatigadas —y ya fatigosas— dando lugar a un retorno cíclico del que daba la penosa impresión de que era casi imposible zafarse. Sobre esta dura crítica se levantó el último tramo, que a pesar de estar tan sólida y teóricamente asentado y a pesar, también, del tiempo transcurrido, no ha alcanzado aún ni con mucho la altura de los dos anteriores y no parece terminar de encontrar, tampoco, cuál debiera ser su dirección propia puesto que, paradójicamente, se han aceptado de manera unánime y han sido ensalzados los puntos de partida de Álvarez Junco y Pérez Ledesma pero, luego, no se han llevado a la práctica totalmente o al menos en el grado que hubiera sido deseable¹. Y nos quedaría por preguntarnos: ¿después de todo esto, qué?, ¿a dónde hemos llegado por esta tortuosa escalinata?, ¿cuáles han sido los resultados conseguidos, y sobre todo, qué queda aún por hacer en este campo? Evidentemente, con este artículo no vamos a dar la solución completa a los tres interrogantes. Nuestras pretensiones son mucho más modestas, pues sólo queremos añadir un escalón más a esta rampa y, al menos, contribuir así a la correcta colocación temática, conceptual y valorativa de la «Mentalidad» y de la «Cultura» en el seno de la historiografía obrera española en la época de entresiglos, al margen tanto de los complejos de inferioridad como de los excesivos triunfalismos.

En el marco del estudio del movimiento obrero, tal y como se ha entendido hasta ahora en España, los aspectos definidos genéricamente

¹ Ángeles BARRIO ALONSO, «Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad», *Historia Social*, núm. 37, 2000, pp. 146-160.

como de «Mentalidad» y de «Cultura» han ocupado —con las excepciones que iremos señalando y pese a las llamadas de atención en sentido contrario— un lugar marginal y menor, a lo más como un bonito adorno o complemento decorativo frente a los llamados «grandes temas» (la historia del sindicalismo de todo tipo y condición, las condiciones macroeconómicas —tasas de paro, salarios, inflación...—, los partidos políticos obreristas y su evolución, sus dirigentes más señalados y los grandes acontecimientos de masas —huelgas, intentonas revolucionarias, actuaciones bélicas, etc.). Las recientes revisiones más significativas sobre esta corriente historiográfica, pese a que aparentemente pudiera señalarse lo contrario, han consolidado aún más dicha consideración de marginalidad y no la han sacado en exceso de esta posición secundaria o terciaria. Pero, en realidad, no es esto lo que nos preocupa, ya que admitimos su consideración esencial de «tema menor» y compartimos el criterio de Caro Baroja cuando sostiene que en estos temas «hay más médula histórica que en cantidad considerable de trabajos sometidos a la regla, o a una de las reglas universitarias»²; lo que ya no nos parece admisible es que tal definición y encuadramiento de «menor» conlleve asociada la confusión con la trivialidad y la banalidad historiográfica, como si se tratase meramente de elevar lo anecdótico a la categoría de lo histórico. En los «estados de la cuestión» referentes a los estudios sobre el movimiento obrero se percibe a menudo una doble realidad: en unos casos, sobrenada un molesto tonillo de condescendencia y displicencia hacia todo lo que se refiere a «Mentalidad» y «Cultura», que suelen englobarse bajo los socorridos y tópicos paraguas de «cajón de sastre» o «totum revolutum», y en otros hay un reconocimiento hacia la historia cultural y de las mentalidades como «especialización consolidada» o hacia las visiones culturales del proceso de formación de clase pero sólo como un «elemento decisivo para la acción política»³ y, en todo caso, sin que dicho reconocimiento se vea corroborado por la mención de trabajos monográficos o síntesis que prueben la validez del mismo⁴. Así que, quizás convenga encabezar

² «La tragicomedia historiográfica», *Reflexiones nuevas sobre viejos temas*, Madrid, Ed. Istmo, 1990, pp. 13-28.

³ Ángeles BARRIO ALONSO, *op. cit.*, pp. 157-158.

⁴ Resaltemos dos excepciones a este común denominador negativo de los «balances» y «estados de la cuestión» y que proceden de historiadores de la educación: Jean-Louis GUEREÑA, «Hacia una historia socio-cultural de las clases populares en España (1840-1920)», *Historia Social*, núm. 11, 1991, pp. 147-164 y Alejandro TIANA FERRER, «Movimiento obrero y educación popular en la España contemporánea», *Historia Social*, núm. 27, 1997 (I), pp. 127-144.

este trabajo con una justificación y una reivindicación del porqué es necesario dedicarse a ambos asuntos, sin que ello se deba a una mera «pose» de moda, más o menos pasajera, o a querer integrarse —o crear— subrepticamente en alguna de las capillas académicas al uso, ni tan siquiera a la búsqueda de una originalidad temática a cualquier precio, sino que se debe a la más pura y dura necesidad motivada por estos poderosos condicionantes:

- El primero es que el filón de los denominados «temas mayores» comienza a estar agotado si no del todo, sí en gran medida y, sin embargo, ninguno de ellos por sí solo ha logrado dar una respuesta completa a muchos de los interrogantes históricos planteados.
- Paradójicamente, la ampliación de las técnicas de estudio utilizadas y la de los sistemas de comunicación entre los historiadores con sus consiguientes e indiscutibles secuelas de «globalización» —palabra tan denigrada como mal explicada o mal asumida— en métodos, terminología, etc., han tenido una repercusión contraria en el estudio del movimiento obrero, en donde el «ensimismamiento» ha provocado la proliferación de grupúsculos historiográficos, cada uno con sus bardas lo mejor separadas y defendidas y lo más altas posibles, que constituyen la tónica general abocada con frecuencia a una hiperespecialización estéril. Como otra consecuencia asociada, debemos mencionar la proliferación de los estudios localistas en detrimento de los estudios de ámbito nacional y de carácter general; debido todo ello a una serie de circunstancias extracientíficas condicionadas por nuestra peculiar estructura autonómica y universitaria y por las posibilidades de acceso a la publicación institucional más que por cualquier otro hecho.
- Por último, y aunque el argumento de la «auctoritas» no pasa actualmente por uno de sus mejores momentos, cabe preguntarse cómo es posible dejar al margen del movimiento obrero hispano a publicaciones de tan alta calidad como las procedentes de los apartados de «cultura» y «mentalidad» y que llevan las firmas de Lisón Tolosana, Ozanam, Guereña, Tiana Ferrer, Mainer, Pérez Ledesma, Álvarez Junco, Tuñón de Lara, Clara Lida, Hernández Díaz, Pere Sola, Jorge Uría, Gonzalo Santonja, Ch. Cobb, José L. García, Lily Litvak, Mary Nash, Carlos Serrano, ...⁵.

⁵ No podemos detenernos ahora en hacer siquiera un breve comentario a lo principal de estas aportaciones, muchas de las cuales están recogidas en los estados de la cuestión de los que son autores Guereña y Tiana y en el libro *Historia de la educación en la España*

2. Qué es la «mentalidad» obrera y a qué llamamos «cultura» obrera

La confusión entre estos dos términos es muy común, aunque no parece preocupar en exceso a nadie. Con frecuencia, se utilizan ambos indistintamente con el mismo —o nulo— significado, en una imprecisión genérica aumentada por el hecho de que son los hemisferios de un todo al que en su día denominó Unamuno como la «intrahistoria»⁶ y en cambio ahora se nos presenta bajo una nueva etiqueta de origen francés, la de «vida cotidiana». Pero centrémonos en nuestros términos de origen y advirtamos que la palabra «cultura» ha venido padeciendo una

contemporánea. Diez años de investigación, CIDE, Madrid, 1994. En todo caso, no nos resistimos, como prueba de parte, a mencionar algunos títulos que nos parecen representativos; por ejemplo: José ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1976; del mismo autor: «La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo», en *Culturas populares. Diferencias, divergencias y conflictos*, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, Madrid, 1986, pp. 197-208; Ch. COBB, *La cultura y el pueblo. España, 1930-1939*, Laia, Barcelona, 1981; Lily LITVAK, *Musa Libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, Antoni Bosch, Barcelona, 1981; de la misma autora: *España 1900. Modernismo, Anarquismo y fin de siglo*, Anthropos, Barcelona, 1991; Francisco de LUIS MARTÍN, *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1994; Francisco de LUIS MARTÍN, y Luis ARIAS GONZÁLEZ, *Las Casas del Pueblo socialistas en España (1900-1936)*, Ariel, Barcelona, 1997; José Carlos MAINER, «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930), en *Teoría y práctica del movimiento obrero en España*, Fernando Torres ed., Valencia, 1978, pp. 173-239; Mary NASH, *Mujer y movimiento obrero en España*, Fontamara, Madrid, 1981; de la misma autora: *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Anthropos, Barcelona, 1983; Manuel PÉREZ LEDESMA, «La cultura socialista en los años veinte», en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.), *Los orígenes culturales de la II.ª República*, Siglo XXI, Madrid, 1993, pp. 149-198; del mismo autor: «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en Rafael CRUZ y Manuel PÉREZ LEDESMA, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, 1997, pp. 201-233; Carlos SERRANO, «Cultura popular y cultura obrera en España alrededor de 1900», *Historia Social*, núm. 4, 1989, pp. 21-31; del mismo autor: «Le Parti Socialiste espagnol et la culture (1890-1910)», en *Clases populares, Cultura, Educación. Siglos XIX-XX*, Casa de Velázquez-UNED, Madrid, 1989, pp. 457-466; Pere SOLA, *Els Ateneus obrers i la cultura popular a Catalunya (1900-1939). L'Ateneu enciclopèdic popular*, La Magrana, Barcelona, 1978; Alejandro TIANA FERRER, *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, CIDE, Madrid, 1992; Manuel TUÑÓN DE LARA, «Actitudes socialistas ante la cultura», en *Pueblo, movimiento obrero y cultura en la España contemporánea*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint-Denis, 1990, pp. 141-155; Jorge URÍA, *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*, Publicaciones Unión, Madrid, 1996.

⁶ Miguel de UNAMUNO, *En torno al casticismo* [1895], Eds. Alcalá, Madrid, 1971, pp. 109-110.

anfibología de uso al tener que soportar pacientemente la identificación plena con la «educación», algo que comenzó entre los círculos socialistas y anarquistas del siglo XIX y que aún colea en nuestros días entre historiadores y hasta en otros ámbitos como el de nuestros gobernantes más recientes empeñados en matrimoniar o divorciar ministerialmente ambas realidades según el capricho personal, el ansia de notoriedad y la amplitud —o cortedad— del agente gubernamental de turno⁷. Pudiera pensarse que de estos equívocos no se han originado mayores inconvenientes que los derivados del uso lato de uno o varios conceptos, pero las verdaderas consecuencias de la indefinición superan con mucho a las de la confusión. Queremos decir con este juego de palabras, que mientras para unos historiadores contemporaneistas la cultura es un globo hinchado de nada o a la sumo un cofre lleno de edificios majestuosos, bellos cuadros, esculturas de museos, buenos libros y música del Real o del Liceo, para otros constituye, ni más ni menos, que un «arma de lucha de clases». Quizá la descripción de estas posturas pueda parecer demasiado contundente y maniquea, toda vez que entre ambas cabría incluir una gama de matices y posturas que colorearían el «blanco y negro». Pero, aún reconociendo esto, lo cierto es que las posiciones mayoritarias han solido dividirse entre los que han visto —y ven— la cultura como una única e indivisible realidad, la Cultura con mayúscula, sin connotación social o de clase, por más que sus manifestaciones sean muy distintas en función de variables como la geografía, las tradiciones o la misma procedencia social de sus hacedores, y los que establecen una divisoria cultural en relación con las diferencias de clase social —por ej.: cultura patricia versus cultura popular; cultura burguesa versus cultura obrera; cultura elitista frente a cultura de masas...— y entienden la cultura como un instrumento o una manifestación de las divisorias y las luchas sociales. También hay quien niega la existencia de la «mentalidad» como sujeto y objeto histórico y, en cambio, para un sector de estudiosos llega a serlo absolutamente todo, hasta el punto de borrar a la propia Historia, ésa que viene escrita con

⁷ Echemos una ojeada a los nombres utilizados para designar a algunos de los ministerios existentes en los últimos tiempos: así, por ejemplo, el Ministerio Nacional de Educación y Ciencia, separado del de Cultura, Información y Turismo; el Ministerio de Educación, Investigación y Universidades, separado del de Cultura, luego llamado Ministerio de Cultura y Deportes; y en la actualidad, el Ministerio de Educación y Cultura. Una realidad también diversa se observa en las Comunidades Autónomas: mientras en algunos sitios, la Consejería de Cultura engloba a la Educación, que constituye una viceconsejería, en otras es la de Educación la que engloba a la de Cultura, con o sin viceconsejería.

una respetuosa mayúscula inicial⁸. Así que, para salir airoso de una vez de este monstruo nominalista que amenaza con engullir todo lo que en él caiga, conviene definir, separar y estratificar ambos términos o, al menos, intentarlo; para ello, no va a haber más remedio que acudir a las otras disciplinas que sí se han ocupado sin escrúpulos en estos menesteres teóricos y que son la antropología, tanto en su vertiente cultural —Tylor, Boas...—, como en su vertiente social —Durkheim, Radcliffe-Brown...—, la lingüística y la sociología, las cuales, con sus enfoques y sus aportaciones metodológicas, contribuyen a la creación de una interdisciplinariedad verdadera, habida cuenta que la interdisciplinariedad no consiste en una suma de aportaciones parciales de distintos especialistas en la que cada uno vierte sus conocimientos sin más sobre el tema, sino que debiera ser más bien un desdibujamiento de cada una de las disciplinas, en el que se pasaría de la una a la otra sin mayores obstáculos y haciéndose constantes y continuos préstamos procedimentales y terminológicos sin inconveniente alguno; al modo, por tanto, de lo que sucede en la mayoría de las manifestaciones humanas, que siempre poseen una pertenencia categorial múltiple y no única y se constituyen en fenómenos sociales complejos por sus diversas implicaciones.

La definición clásica y básica de la cultura⁹ auspiciada por la antropología y la sociología sigue los principios marcados por Tylor y la describe como un conglomerado de creencias, usos, costumbres, normas y técnicas de un grupo social concreto que pretenden tener un carácter global de explicación e integración con la realidad, que además son capaces de ser transmitidos mediante el aprendizaje y que se manifiestan de forma palpable en una serie de actos de contenido social o en

⁸ Una visión especialmente crítica de la historia de las mentalidades y que incluye los nombres de algunos de sus principales detractores, puede verse en Josep FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992, pp. 101-112. Posturas bien distintas y claramente favorables a este campo historiográfico, se encuentran, entre otros, en Philippe ARIÉS, «La historia de las mentalidades», en J. LE GOFF, R. CHARTIER y J. REVEL (dirs.), *La Nueva Historia*, Mensajero, Bilbao, 1988, pp. 460-481; Carlos BARROS, «Historia de las mentalidades, historia social», en *Historia Contemporánea*, núm. 9, 1993, pp. 111-139; Julio VAQUERO IGLESIAS, «Mentalidades e ideologías», en Carlos BARROS, *Historia a Debate*, tomo II, *Retorno del Sujeto*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 25-35; Antonio MORALES MOYA y Francisco de LUIS MARTÍN, «Las Mentalidades», en *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo XXXIII, *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900). La sociedad, la economía y las formas de vida*, Espasa Calpe, Madrid, 1997, pp. 727-775.

⁹ Verlag HERDER, *Herder Lexikon. Ethnologie*, 1981, Freiburg im Breisgau. (Trad. española de ed. Rioduero, Madrid, 1986).

la creación de elementos materiales —los «artefactos» de la antropología—. Por tanto, la cultura no es un algo espontáneo, ni permanente, sino que es fruto de un proceso evolutivo social, de una formación vinculada al largo plazo temporal, de una aculturación a través de la asimilación de otras culturas bien por la incorporación de rasgos aislados o bien por la mera adaptación de los mismos. En nuestro caso, el «grupo» al que nos referimos sería el constituido por los obreros españoles de entresiglos con sus relaciones específicas sociales y su distinción externa más o menos evidente de los otros grupos. Al ser los obreros un colectivo tan heterogéneo¹⁰ no se puede considerar jamás como un «grupo primario» con estrechas relaciones entre sus miembros, sino más bien como uno «secundario» marcado mayoritariamente por unas relaciones de tipo indirecto. Pero ni aún con esta salvedad que introduce una variable de enorme amplitud, ni aún teniendo en cuenta que más que buscar los rasgos propios y originales del hecho cultural —las teorías de la «diferencia» y de la «otredad» tan en boga hoy en día—, un análisis del mismo debiera centrarse en las relaciones que se establecen entre cada uno de los múltiples elementos que la definen, en los códigos propios que la configuran y en sus significantes y significados —la teoría de la «integración»—; pues bien, ni aún con estos dos potentes apriorismos lenitivos podemos concluir que existió una cultura obrera española —ni francesa, ni británica, ni belga, ni alemana, pero tampoco catalana, asturiana o vasca, ni de ningún otro sitio— en este tiempo. Lo del «arte ilustrado, popular y proletario» no deja de ser una frase grandilocuente pero totalmente vacía. A lo largo del primer tercio del siglo y dentro del propio socialismo español hubo quienes cuestionaron la

¹⁰ Sobre estos procesos de división del trabajo, las diferencias salariales, la jerarquización laboral y, en definitiva, la complejidad y heterogeneidad entre los trabajadores pueden verse, entre otros, Gloria NIELFA, «El mundo asociativo de los dependientes de Comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931», *Melanges de la Casa de Velázquez*, núm. 22, 1986, pp. 373-399; FRANCISCO VILLACORTA BAÑOS, *Profesionales y burocratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Siglo XXI, Madrid, 1989; A. GONZÁLEZ DÍAZ *et alii*: «Los trabajadores de Correos y Telégrafos. De las Juntas de Defensa a los sindicatos de clase, 1918-1931», en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO (dirs.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Comunidad de Madrid, Madrid, 1989, pp. 493-504; Santiago CASTILLO y Luis Enrique ALONSO, *Proletarios de cuello blanco. La Federación Española de Trabajadores del Crédito y de las Finanzas (1930-1936)*, Centro de Estudios Históricos-UGT, Madrid, 1994; Pere GABRIEL y Josep Lluís MARTÍN RAMOS, «Clase obrera, sectores populares y clases medias», en Francesc BONAMUSA y Joan SERRALLONGA, *La Sociedad Urbana*, Asociación de Historia Contemporánea, Barcelona, 1994, pp. 133-153; Francisco de Luis MARTÍN, *Historia de la FETE (1909-1936)*, Fondo Editorial de Enseñanza Madrid, 1997.

existencia de un arte obrero o de una literatura obrera como parte fundamental de una cultura obrera; fueron Araquistáin y Zugazagoitia quienes más insistieron en este punto¹¹. No existe, en efecto, la cultura obrera como difícilmente existen la cultura burguesa o la cultura aristocrática y sin embargo sí que existen —o existieron— la cultura soviética, la cultura francesa napoleónica o la cultura griega del siglo de Pericles; escogemos unos ejemplos tan obvios para que se vea cómo aunque en cada una de ellas —y al menos en teoría— existiese una clase social dominante, la estructura cultural creada sobrepasaba con mucho al segmento humano dirigente y hasta a su espacio geográfico originario, presentando, por otra parte, una uniformidad y una cohesión que no se encuentra jamás en eso que se ha dado en llamar «cultura obrera». Las clases sociales —y seguimos los postulados marxistas menos cuestionables o interpretables en este caso—, definidas por su situación en el proceso productivo-social, no son capaces por sí solas de autoabastecerse culturalmente de forma completa y, sobre todo, les resulta imposible sustraerse a la influencia de las otras estructuras culturales que las engloban e influyen. A lo más que podemos aspirar es a darle la consideración tipológica de «subcultura» —entendida como la forma diferente de vivir una cultura común, es decir, una simple versión adaptada, como lo pueden ser también las variantes urbana y rural o juvenil y adulta o masculina y femenina...— y a veces y en momentos muy concretos, de «contracultura» —entendida, en este caso, como un movimiento de rebelión frente a la cultura hegemónica—. Sin embargo, el que neguemos su naturaleza no quiere decir que neguemos la realidad de la coexistencia en el seno de la clase obrera de entresiglos de distintas culturas con un mayor o menor calado según las regiones y las localidades, según los subgrupos de todo tipo presentes —políticos,

¹¹ De este último y tratando de contestar a la pregunta de si podía ser socialista la literatura, es la siguiente afirmación: «Si de lo que se trata es de encerrar la manifestación literaria en el dogma socialista, no en redondo. No habrá nunca una literatura socialista, como no es posible que exista un cuadro conservador ni una escultura republicana. En arte no hay colores ni credos políticos. En arte se conocen dos valores: bueno y malo» (Julián ZUGAZAGOITIA, «¿Puede ser socialista la literatura?», *Cuadernos Socialistas de Trabajo*, núm. 1, enero de 1927, pp. 77-78). Afirmaciones semejantes del dirigente socialista vasco pueden verse en «La masa en la literatura», *Nueva España*, núm. 2 (15-febrero-1930), p. 6 y «Aristocracia, burguesía y proletariado», *La Gaceta Literaria*, núm. 42 (15-septiembre-1928), p. 3. Planteamientos parecidos pueden encontrarse en los siguientes trabajos de Luis Araquistáin: «Socialismo y poesía», *El Socialista*, núm. 5065 (1-mayo-1925), p. 8; el prólogo a Romaine ROLLAND, *Teatro de la revolución*, Cénit, Madrid, 1929 y *La batalla teatral*, Ed. Mundo Latino, Madrid, 1930, pp. 27 y ss.

sindicales, laborales...— y según la época. Luego es en esta multiculturalidad en donde hay que bucear para que pueda constatarse el grado de asimilación o de rechazo de cada una, las capacidades de permeabilidad y las síntesis culturales efectuadas pues, a la postre, son los fenómenos que van a configurar las mentalidades y los comportamientos individuales y conjuntos de la clase obrera. ¿Y qué culturas son éstas? Distinguiremos —por el momento— las siguientes sin que esto suponga un cierre categorial de las mismas:

- a) *La cultura tradicional y agraria*: que se sostiene sobre una concepción social estática de origen muy remoto, en la cual los vínculos personales de patronazgo-dependencia y las relaciones de ayuda mutua y solidaridad familiar y grupal estaban por encima de cualquier otro sistema de organización —el Estado y el Partido, por ejemplo—. Su cohesión ideológica viene dada fundamentalmente por las creencias mítico-religiosas y el mecanismo de aprendizaje-transmisión toma la fórmula de la memoria y de la oralidad como vías casi únicas. La procedencia campesina de la misma es evidente, pero se extiende también a los ámbitos urbanos sobre todo entre aquellos proletarios recién llegados del mundo rural y que se aferran a esta cultura como una manera de no caer en el desclasismo. Del magma ideológico tradicional provienen directamente el carlismo obrero, en franco retroceso ya en este momento¹², también el nacionalismo obrero conservador¹³ y el tan potente en número como historiográficamente mi-

¹² Vid., entre otros, J. REAL CUESTA, *El carlismo vasco. 1876-1900*, Madrid, 1985; Luis CASTELLS, *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración, 1876-1915*, Madrid, 1987; Jordi CANAL, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000; Jesús MILLÁN (ed.), *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*, Madrid, Ayer, núm. 38, 2000.

¹³ Vid., entre otros, Margarita OTAEGUI, «Organización obrera y nacionalismo: Solidaridad de Obreros Vascos (1911-1923)», *Estudios de Historia Social*, núms. 18-19, 1981, pp. 7-83; Manuel LLADONOSA, «Algunas cuestiones en torno a la Solidaritat Catalana y Solidaridad Obrera», *Recerques*, núm. 14, 1983, pp. 61-67; M. REMISA, *Els orígens dels catalanisme conservador i «La Veu del Montserrat», 1879-1900*, Vic, Eumo, 1985; M. LLADONOSA, *Catalanisme i moviment obrer. El Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria entre 1903 i 1923*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1988; Borja de RIQUER, «Les elecciones de la Solidaritat Catalana a Barcelona», *Recerques*, núm. 6, 1976; Araceli MARTÍNEZ-PEÑUELA, «Aportaciones al estudio del sindicalismo navarro: ELASOV/STV (1911-1936)», *Príncipe de Viana*, núm. 51, 1990, pp. 263-268; Ludger MEES, *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social: 1903-1923*, Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1992; Jordi LLORENS, *Obrerisme i catalanisme, 1875-1931*, Ed. Barcanova, Barcelona, 1992.

nusvalorado sindicalismo católico¹⁴. Incluso, no resulta nada complicado rastrear muchos principios de esta cosmovisión arcaica en el peculiar anarquismo agrario ibérico con su propaganda basada en los «profetas» itinerantes desparramados por toda España, su mitología y su misticismo en torno a la pobreza, el sacrificio, la solidaridad, la integridad personal... valores todos ellos de claro trasunto cristiano¹⁵.

- b) *La Cultura popular urbana*: El crecimiento urbano, sostenido y generalizado que se da en España a partir de la Restauración¹⁶ y que se acompaña con la industrialización, con la extensión del capitalismo y con la transformación laboral del proletariado que se desvincula paulatinamente del campo, genera una cultura muy distinta de la anterior. El centro básico de la misma es el individuo —a lo sumo, la familia nuclear— como parte integrante de una colectividad descohesionada en la que los principios ideológicos de raigambre religiosa y de cohesión social han sido sustituidos fácilmente por unas muy vagas aspiraciones de mejoras materiales y sociales pero de índole meramente individual, sin referencias morales algunas y sin un replanteamiento en profundidad de la estructura social en que se insertan y de su sistema político, clasista e ideológico. Todas estas condiciones de vida, convertidas a su vez en condicionantes culturales, aparecen dibujadas en mayor o menor medida en diversos tipos sociales de los centros urbanos. Es quizá en los personajes de

¹⁴ Vid., entre otros, Feliciano MONTERO GARCÍA, «El primer catolicismo social en España. Estado de la cuestión», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. II, núm. 4, 1984, pp. 185-192; Juan José CASTILLO, *El sindicalismo amarillo en España*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1977; Josefina CUESTA, *Sindicalismo católico agrario en España. 1917-1919*, Narcea, Madrid, 1978; José Ramón MILÁN GARCÍA, «El asociacionismo católico español en 1900. Un intento de aproximación», *Hispania Sacra*, núm. 50, 1998, pp. 639-666; Juan Bautista VILAR RAMÍREZ, «La acción social cristiana y el movimiento obrero en la zona minera del sureste español (1840-1920)», *Hispania*, vol. 54, núm. 186, 1994, pp. 179-199; Ángel Luis MUÑOZ HERNÁNDEZ, «Sindicalismo católico en Ávila», *Cuadernos Abulenses*, núm. 14, 1990, pp. 123-164; José Manuel CUENCA TORIBIO, *Sindicatos y partidos católicos españoles: ¿Fracaso o frustración?*, Unión Editorial, Madrid, 2000.

¹⁵ Si ya en su día Díaz del Moral o Gerald Brenan pusieron de manifiesto estos aspectos, más recientemente autores como Álvarez Junco o Lily Litvak han profundizado en esta dimensión del anarquismo español. Cfr. José ÁLVAREZ JUNCO, «La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo», en *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, Madrid, 1986, pp. 197-208.

¹⁶ José SÁNCHEZ JIMÉNEZ, *Del campo a la ciudad. Modos de vida rural y urbano*, Barcelona, Ed. Salvat, 1982.

sarraigados barojianos, en los chulos y el submundo lumpen, en los habitantes de las corralas y en el variopinto universo de lo que por contraposición al mundo de los trabajadores «conscientes» y organizados podemos llamar la «inconsciencia obrera» donde mejor se refleja esta cultura. Las demostraciones externas más evidentes y más originales de la misma, que tuvo un enorme calado entre el proletariado español en las grandes ciudades y en los núcleos mineros, están vinculadas con los nuevos fenómenos de masas surgidos en torno al ocio (los toros, el flamenquismo, todas las múltiples variantes de la canción popular —zarzuela, cuplé, music-hall...—, la literatura de kiosko, el cine, los deportes como espectáculo...) y la aparición de subculturas marginales urbanas, siendo la más conocida por sus connotaciones literarias y musicales evidentes la de los golfos del arrabal.

- c) *Las Culturas políticas obreras*: resultan sobradamente conocidas y por tanto, no es éste el lugar apropiado para explicar sus concepciones sociales más o menos complejas y coherentes, su visión del mundo y, sobre todo, sus sistemas de captación, concienciación y de actuación. Sin que quepa desprestigiar al republicanismo obrero, fueron los anarquistas, socialistas y comunistas quienes más se preocuparon por considerar la cultura como un instrumento más de la revolución social e identificaron a sus movimientos respectivos como una «nueva cultura» que iba a terminar con la «vieja cultura» decadente y sin sentido del orden capitalista, creando cada uno la autoimagen de la misma que además de las implicaciones políticas, económicas y sociales abarcaba también consideraciones morales y estéticas fácilmente reconocibles. En el *Justo Vives* de Anselmo Lorenzo, se puede encontrar en forma novelada una relación del compromiso que el proletariado militante tenía con la educación y la cultura así como el carácter militante y pretendidamente autónomo de las mismas; declaraciones sobre la cultura libertaria, entendida como instrumento de liberación de la clase obrera que junto con la acción colectiva debería contribuir a superar el capitalismo, se encuentran en multitud de artículos de las principales revistas ácratas, como *La Revista Blanca*, *Acracia*, *Acción Libertaria*, *Natura*, *La Ilustración Obrera*, etc. También en textos literarios, programáticos y ensayos varios de dirigentes anarquistas como el citado Anselmo Lorenzo, Serrano Oteiza, Ricardo Mella, Joaquín Peiró, J. Lluas o

Federico Urales. Todos ellos, más allá de algunas diferencias en la visión de lo que entendían por cultura libertaria, insistían en que se trataba de una cultura laica, racionalista y científica, al servicio de un fin de radical transformación social y en las antípodas de la cultura «oficial» burguesa¹⁷. Los socialistas, pese a tener un menor número de «teóricos» y una elaboración más descuidada, redactaron también escritos y artículos sobre esta materia, incidiendo sobre todo en el carácter ético, progresivo y liberador de la cultura. Textos de Besteiro, Meliá, Torralba Beci, Núñez de Arenas, Araquistáin, Zugazagoitia o Rodolfo Llopi, escritos en distintas etapas del socialismo y con algunas diferencias entre sí en cuanto a lo que debe entenderse por cultura obrera —algunos incluso negando su existencia, como ya comentamos en páginas anteriores—, ejemplifican el interés de los dirigentes socialistas por este asunto¹⁸. Los principales textos de autores comunistas se enmarcan en el contexto de la guerra civil y reflejan una visión de la cultura permeada por el carácter combativo, militante y antifascista del conflicto. La cultura es un arma de guerra, un instrumento de propaganda y un factor esencial de cohesión política y de asunción de los grandes dogmas políticos. El modelo soviético es aquí el gran referente y el «realismo socialista», se diga o no explícitamente, la única formulación cultural admisible, como atestiguan las declaraciones y opiniones de Jesús Hernández, César García Lombardía, Wenceslao Roces y otros dirigentes comunistas del momento¹⁹.

¹⁷ Sobre la concepción anarquista de la cultura pueden verse las obras ya citadas de Álvarez Junco y Lily Litvak. Un buen compendio de las posiciones libertarias se encuentra en Ricardo MELLA, *Cuestiones de enseñanza*, Ed. Vértice, Madrid, 1913.

¹⁸ Cfr. Francisco de Luis Martín, *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1994; también Manuel Pérez Ledesma, «La cultura socialista en los años veinte», en José Luis García Delgado (ed.), *Los orígenes culturales de la II República*, Siglo XXI, Madrid, 1993, pp. 149-198.

¹⁹ Véase, entre otros, Antonio Gamonal Torres, *Arte y política en la guerra civil española. El caso republicano*, Diputación Provincial de Granada, Granada, 1987; Manuel Fernández Soria, *Educación y cultura en la guerra civil (España 1936-39)*, Nau Llibres, Barcelona, 1984; Manuel Tuñón de Lara, «Cultura y culturas. Ideologías y actitudes mentales», en *La guerra civil española 50 años después*, Labor, Barcelona, 1989, pp. 275-358; Christopher Cobb, «El agit-prop cultural en la Guerra Civil», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vols. X-XI, 1992-93, pp. 237-249; del mismo autor: *Los milicianos de la cultura*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1995.

- d) *La «Gran Cultura»*²⁰: un sector —siempre minoritario y muy concienciado políticamente— de los obreros españoles²¹ mostró un interés espontáneo o en parte dirigido, por las obras de los intelectuales, artistas, filósofos, científicos y literatos más señeros de la historia de la Humanidad, en un afán por aprehender el acervo cultural occidental que se situó por encima de las etiquetas ideológicas y de las clasistas. A través de la actuación de los Ateneos libertarios²², de las Casas del Pueblo²³, de las editoriales y de sus propias publicaciones²⁴, de las bibliotecas populares²⁵ y de los ciclos de conferencias y exposiciones, se pone de manifiesto la existencia de un afán culturizador muy arraigado pero de resultados un tanto descorazonadores en relación al esfuerzo invertido. No pocos dirigentes y responsables de estas y otras actividades o instituciones culturales se quejaron amargamente del casi nulo interés mostrado por sus mismos correligionarios o de la escasa resonancia de su empeño, mientras seguían gozando de su favor y del fervor popular la asistencia a las tabernas y cafés, a los bailes, romerías y corridas de toros y, en definitiva, a una serie de actos

²⁰ A falta de un término mejor, más definido conceptual o teóricamente y reconocido por todos, nos inclinamos por el de «gran cultura» en tanto que incluye la producción de cuantas personas —pensadores, artistas, científicos, literatos, filósofos, economistas, etc.— han colaborado a través de los siglos a la creación y extensión de las grandes corrientes culturales y en tanto que el acervo cultural así formado constituye un bien general o universal por encima de barreras geográficas, políticas, ideológicas, sociales o de cualquier otro signo.

²¹ Como paradigma de la cultura de un obrero concienciado puede verse el análisis que sobre la biblioteca de Pablo Iglesias y sus lecturas han hecho Francisco de LUIS MARTÍN y Luis ARIAS GONZÁLEZ, en *Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939)*, Fundación Largo Caballero-Comunidad de Madrid, Madrid, 1998, pp. 51-54; también Francisco de LUIS MARTÍN, «La formación y la producción cultural e intelectual de Pablo Iglesias», en *Construyendo la modernidad. Obra y pensamiento de Pablo Iglesias*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 2002, pp. 181-204.

²² Cfr. Pere SOLA, «Los Ateneos obreros y su función educadora. De la Restauración a la II.ª República», *Cuadernos de Pedagogía*, núm. 16, abril 1976, pp. 30-31; del mismo autor: *Els Ateneus obrers i la cultura popular a Catalunya (1900-1939). L'Ateneu enciclopèdic popular*, Ed. La Magrana, Barcelona, 1978.

²³ Cfr. Francisco de LUIS MARTÍN y Luis ARIAS GONZÁLEZ, *Las Casas del Pueblo socialistas en España (1900-1936)*, Ariel, Barcelona, 1997; también Víctor Manuel ARBELOA, *Las Casas del Pueblo*, Ed. Mañana, Madrid, 1977.

²⁴ A estas cuestiones han dedicado páginas muy interesantes José Carlos Mainer, Pilar Bellido, Marisa Siguán, Lily Litvak, Álvarez Junco, Santiago Castillo, Francisco de Luis, Guereña, Clara Lida, Brigitte Magnien, Carlos Serrano, Jacques Maurice...

que podíamos englobar en un tipo de cultura tradicional «popular» muy alejada de los parámetros culturales que se trataban de impulsar y extender.

Afrontemos ahora el otro gran distingo teórico, el de la «Mentalidad» que comparativamente resulta mucho más impreciso en sus límites definitorios que el anterior de «Cultura», con una ventaja —o quizás un inconveniente, si bien se mira— para el historiador y es que todo, absolutamente todo, por muy marginal y mínimo que parezca se convierte en una fuente de información valiosa para el estudio de las Mentalidades. Antes vimos que era difícil sostener la existencia de una cultura obrera y, sin embargo, sí que propugnamos la creencia en una mentalidad obrera fáctica, empezando porque este término es en sí siempre algo *múltiple* (con lo que mejor sería quizás hablar de mentalidades en plural) y *fragmentario* ya que hay una mentalidad individual, así como una grupal²⁶ según los distintos ámbitos de actuación, peculiaridad ésta del ámbito muy importante porque la mentalidad grupal no es la suma de las mentalidades individuales de quienes lo integran sino que conforma otra muy distinta y, a la inversa, la actuación individual a veces resulta contraria a la grupal. Estos rasgos de multiplicidad y fragmentación a la vez añaden un factor de complejidad mayor al interferirse siempre unos con otros, en un proceso de superposiciones continuo y, sin embargo, por encima de esto es posible discernir rasgos y temáticas vitales comunes a todos los obreros españoles de este momento cronológico escogido. Podríamos definir la mentalidad como el modo de ver y valorar las cosas a través de nociones sentimentales del tipo simpatía/antipatía y prejuicio; es decir, constituyendo una actitud espiritual e intelectual que se adopta frente a la realidad circundante en forma de un vínculo ideológico unipersonal y que, a la vez, une al indi-

²⁵ Cfr. Luis MONGUIÓ, «Una biblioteca obrera madrileña en 1912-1913», *Bulletin Hispanique*, núm. 77, 1975, pp. 154-173; también Ángeles ÁLVAREZ RUBIO, «La biblioteca de la Casa del Pueblo de Valencia: aspectos de una cultura popular», *Estudis d'història contemporània del País Valencià*, núm. 6, 1976, pp. 295-316; Ángel MATO DÍAZ, *La lectura popular en Asturias (1869-1936)*, Pentalfa Ediciones, Oviedo, 1992; Francisco DE LUIS MARTÍN y Luis ARIAS GONZÁLEZ, «Estudio», en *Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid...*, *op. cit.*, pp. 19-68.

²⁶ La variedad y heterogeneidad de estos grupos es inmensa, tejiéndose entre ellos un conjunto de relaciones combinatorias de ida y vuelta aún mayores: el de la familia, el del vecindario, el de la procedencia local, el del entorno profesional, los propiciados por los espacios comunes de sociabilidad —político-sindical, religioso, de ocio, de consumo...—, los creados por la acción obligatoria del Estado —escuela, servicio militar, sistema carcelario...— y un larguísimo etcétera.

viduo con uno o varios grupos que poseen una serie de principios, valores y formas de actuar en las que éste —el individuo— se identifica y se siente «a gusto», aceptado y cómodo. En realidad, recoge el mismo campo de la «sentimentalidad colectiva» del que habló Machado²⁷, que refleja y crea una personalidad típica en quienes la comparten, con una clara distribución de roles —valgan estos ejemplos como mera muestra y perdónense por ser tan tópicos: el minero socialista asturiano, el dirigente sindical, el campesino pequeño-propietario, el dependiente de comercio, el hijo del anarquista, el propagandista obrero católico, el jornalero andaluz, el albañil madrileño...—. La mentalidad abarca de este modo toda una escala de propósitos que van desde el extremo más elevado que es la consecución de un ideal utópico finalista y casi siempre globalizador —y siguiendo con los ejemplos tópicos: «el comunismo libertario», «la sociedad sin clases», «la dictadura del proletariado», «el mundo sin pobres», «la propiedad para todos», «el cielo en la tierra», «la justicia social», «la caridad cristiana ideal»...—, pasando por las pautas de comportamiento, de un sistema de crítica aplicado a la realidad, hasta terminar en una serie de hábitos y costumbres cotidianas mucho más modestos y prosaicos que los ideales utópicos del principio —acabemos ya de una vez con los ejemplos: ir a una taberna a la salida del trabajo o al rosario, aprender esperanto, comprar un determinado periódico, acudir a la manifestación del 1.º de mayo, casarse por lo civil o bautizar a los retoños, llevar boina o blusa, poner a sus hijos nombres anarquistas (*Germinal*, *Aurora*, *Redención*, *Libertaria*...), afiliarse a la Casa del Pueblo o al Círculo Católico...—.

3. Líneas y temáticas de trabajo: clasificación y propuesta

Frecuentemente a la mentalidad se la asocia con un adjetivo, el de «resbaladiza», y con una metáfora manida, la de «cajón de sastre»; bueno, pues alguna vez habrá que desengrasar esta cucaña y habrá que ponerse a catalogar mínimamente todos los retales, estableciendo un principio de ordenación de las grandes líneas que conforman la(s) mentalidad(es) obrera(s) española(s) y los principales temas que comprenden cada una, pues la heterogeneidad no tiene porqué significar necesariamente desorden o confusión. Con esta propuesta clasificatoria no

²⁷ Cfr. Antonio MACHADO, *Juan de Mairena*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1977, 2 vols.

inventamos nada nuevo ni en las líneas, ni en los temas que en ellas se comprenden; las *líneas generales* siguen en realidad la tríada de los grandes ámbitos que conforman la mentalidad de cualquier grupo humano y que son:

- El nivel material* que abarca tanto el conjunto de necesidades inherentes a los obreros como el grado y sistema de satisfacción de las mismas, así como los objetos que le son propios aunque nunca exclusivos. Para evitar caer en un arqueologismo inútil obsesionado por los objetos, hay que tener en cuenta que los mismos elementos materiales poseen distinto valor y hasta distinta función simbólica según estén en un lugar social o en otro. Así: el crucifijo que era algo habitual en una iglesia, fue un elemento de controversia en las escuelas públicas republicanas y mientras los libros de educación sexual ocupaban un lugar señero en el Ateneo anarquista, eran algo escondido o secundario en una biblioteca socialista e impensables en la sala de lectura de un colegio de jesuitas.
- El nivel del lenguaje propio y particular* en su sentido estrictamente lingüístico y en el más amplio de todos los símbolos y signos de comunicación, sea cual sea su campo de actuación; es decir, el lenguaje como ordenador de la experiencia, con sus códigos de intercomunicación, y no como un simple medio de expresión de aquélla²⁸.
- El nivel de la ética y el comportamiento* ya esté desarrollado intra o extragrupalmente²⁹.

En cuanto a los *temas*, ocurre algo similar, pues son en buena medida temas desarrollados ya —y si no, al menos iniciados o descubiertos

²⁸ Cfr. G. STEDMAN JONES, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Siglo XXI, Madrid, 1989. Un buen estudio es el de Juan Francisco GARCÍA SANTOS, *Léxico y Política de la Segunda República*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1980. También M.^a Antonia FERNÁNDEZ y Juan Francisco FUENTES, «Análisis lexicométrico de El Socialista (1886-1912): un vocabulario de clase», *Historia Contemporánea*, n.º 20, 2000, pp. 225-243.

²⁹ Sobre esta temática, la aparición en la España de entresiglos de nuevos comportamientos sociales y el establecimiento de nuevas relaciones interpersonales en el marco de la sociabilidad estructural (formal/informal), acaba de ver la luz un excelente trabajo de Luis P. MARTÍN, «Nuevos actores en política. La sociabilidad en la España contemporánea», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 18, 2000, pp. 201-224. En éste y en otros trabajos que han aparecido últimamente sobre el mismo tema, se echa de menos el análisis de las relaciones personales y colectivas en ámbitos no estrictamente políticos, su dimensión de entretenimiento, diversión u ocio, la articulación de mecanismos de autoayuda o de protección del grupo, de reafirmación social, etc.

previamente— por estudiosos de muy distintas disciplinas (historia, arte, geografía, urbanismo, demografía, literatura, sociología, economía, derecho...) y que, a lo mejor, no siempre han sido conscientes de hasta qué punto contribuyeron o se movieron en este mundo de la mentalidad obrera de entresiglos. A continuación expondremos todos los que conocemos, sin que la relación esté animada por una pretensión de exhaustividad o de agotamiento crítico pero sí por una idea intencional de no dejarse fuera excesivas cosas de las que entendemos que conforman o nuclean la mentalidad.

3.1. *Necesidades y condiciones de vida obrera*

Este es el apartado que indudablemente resulta más concurrido al comprender mayoritariamente a *los aspectos económicos*, tanto los de raíz «clásica» (estudios sobre los salarios y los precios, sobre las condiciones laborales, etc.) como los más novedosos centrados en otras variantes económicas como puedan ser los intentos de creación de una economía obrera autosuficiente —mutuas, cooperativas, cajas de resistencia...³⁰— y la relación del proletariado con el consumo o el ahorro —mayoritariamente idealizado— y sus distintas fórmulas —Cajas de ahorro, Banco Obrero Nacional, etc.³¹—. Se percibe una ausencia casi

³⁰ Vid., entre otros trabajos, F.J. PUERTO SARMIENTO y M.J. HUERTAS GARCÍA, «Las cooperativas obreras contra el oligopolio farmacéutico (1907-1931)», *Asclepio*, núm. 36, 1984, pp. 159-184; Margarida COLOMER ROVIRA, *Cooperativisme i moviment obrer: l'exemple de la Cooperativa del Vidre de Mataró (1920-1944)*, Barcelona, Alta Fulla Editorial, 1986; María Francisca BERNALTE VEGA *et alii*: «Cultura popular madrileña durante la Dictadura: el mundo obrero socialista, 1923-1930», en *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Comunidad de Madrid, Madrid, 1989, pp. 541-560; Michel RALLE, «La función de la protección mutualista en la construcción de una identidad obrera (1870-1910)», *Sociología del Trabajo*, núm. 16, 1992, pp. 143-163; Carmen BENITO DEL POZO, «Trabajadores asociados: socorros mutuos y sindicalismo en España», *Sociología del Trabajo*, núm. 23, 1994-95, pp. 155-167; artículos de Pedro Carasa, Josefina Cuesta, Santiago González, Mariano Esteban, Carmen Fernández, Gerard Brey, Jorge Uría, Jean-Louis Guereña, Félix Luengo, Antonio Rivera, Ramón Arnabat, Santiago Castillo, Antonio Javier Sánchez y un largo etcétera en Santiago CASTILLO (ed.), *Solidaridad desde abajo. Trabajadores y Socorros Mutuos en la España Contemporánea*, Centro de Estudios Históricos-UGT, Madrid, 1994; Elena MAZA ZORRILLA, «La horizontalidad de las solidaridades. El mutualismo en la España Contemporánea», *Ayer*, núm. 25, 1997, pp. 73-102; Luis ARIAS GONZÁLEZ, *El socialismo y la vivienda obrera en España (1926-1939). La Cooperativa de Casas Baratas «Pablo Iglesias»*, Universidad de Salamanca, Tesis Doctoral inédita, 2000.

³¹ Carles SUDRIÀ, «Las Cajas de Ahorros en los orígenes del Retiro Obrero», *Papeles de Economía Española*, núms 74-75, 1998, pp. 323-331; Luis ARIAS GONZÁLEZ, *El socia-*

completa de estudios sobre la capacidad económica de los partidos y sindicatos obreros, en especial sobre sus fórmulas de financiación, los tipos de gastos, la capacidad de empleo y liberación exclusiva de sus dirigentes, etc.³². A este bloque central, hay que añadir una amplia lista de distintas necesidades básicas y vitales que se han ido descubriendo por los estudiosos y a las que se han ido aproximando con posterioridad; nos referimos a los análisis de todo lo relacionado con *la salubridad* y que no se quedan sólo en la exposición de las consabidas estadísticas demográficas, sino que se extienden a analizar la alimentación en toda su complejidad —costumbres alimenticias tradicionales y estandarización, cambio de hábitos, introducción de nuevos productos y nuevas necesidades, adulteraciones, etc.³³—, el peso y la penetración de las teorías higienistas³⁴ con sus reivindicaciones de la seguridad laboral

lismo y la vivienda obrera en España (1926-1939). La Cooperativa de Casas Baratas «Pablo Iglesias», Universidad de Salamanca, Salamanca, 2002 (en prensa), donde se examina en detalle la fundación y desarrollo del Banco Obrero Nacional.

³² Algunos datos, no obstante, pueden encontrarse en Manuel CONTRERAS, «Transformación y crisis en los modelos organizativos de la izquierda obrera: el caso del socialismo español en el primer tercio del siglo XX», *Sistema*, núm. 56, septiembre 1983, pp. 95-117; del mismo autor: *EL PSOE en la Segunda República. Organización e ideología*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1981; María Luz SANFELICIANO, *UGT de Vizcaya (1931-1936)*, Unión General de Trabajadores de Euskadi, Bilbao, 1990; Manuel REDERO SAN ROMÁN, *Estudios de Historia de la UGT*, Ediciones Universidad de Salamanca-Fundación Largo Caballero, Salamanca, 1992; Santiago GONZÁLEZ GÓMEZ, «La cotización sindical a base múltiple: puerta de integración del mutualismo obrero en el primer sindicalismo socialista madrileño», en Santiago CASTILLO (ed.), *Solidaridad desde abajo. Trabajadores y Socorros Mutuos en la España Contemporánea*, Centro de Estudios Históricos-UGT, Madrid, 1994, pp. 437-446.

³³ Silvia CARRASCO I PONS, «Ensayo de reconstrucción de un pasado alimentario: Sabadell hacia el cambio de siglo», *Arxiu d'Emografia de Catalunya*, núm. 7, 1989, pp. 113-136; Marianne KRAUSE, «Madrid, 1900. La ciudad de la miseria. Condiciones de vida en la capital de España a comienzos del siglo XX», *Historia 16*, núm. 101, 1984, pp. 15-24; Ángel BAHAMONDE MAGRO y Julián TORO MÉRIDA, «Alimentos y defunciones. Apuntes para el estudio de la vida obrera en España (1883)», *Estudios de Historia Social*, núm. 15, 1980, pp. 285-303.

³⁴ Philip HAUSER, *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, 2 vols, Editora Nacional, Madrid, 1979 (edición a cargo de Carmen del Moral); Rafael BARCELÓ VALOR, *Estudio sobre higiene y seguridad obrera en fábricas: 1900 (facsimilar)*, Arqueología Industrial, Murcia, 1992; Rafael HUERTAS *et alii: Medicina social y clase obrera en España: siglos XIX y XX*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1992; A. MENÉNDEZ NAVARRO, *Un mundo sin sol. La salud de los trabajadores de las minas de almadén (1750-1900)*, Universidad de Granada, Granada, 1996; Ll. PRATS, *La Catalunya rànica. Les condicions de vida materials de les classes populars a la Catalunya de la Restauració segons les topografies mèdiques*, Ed. Alta Fulla, Barcelona, 1996; Ricardo CAMPOS MARÍN, «Casas para obreros. Un aspecto de la lucha antialcohólica en España durante la Restaura-

y de los seguros sociales incipientes³⁵, las campañas antialcohólicas³⁶ y la exaltación de los deportes y la vida al aire libre que van desde la cercanía anarquista al naturismo hasta las pretensiones más modestas de las colonias y de las sociedades excursionistas³⁷. Pero no termina aquí la enumeración de las necesidades básicas que prosigue con el capítulo de *la vivienda*, un capítulo que comienza ya a ser tratado con la intensidad y la exhaustividad que se merece un aspecto tan importante como

ción», *Dynamis*, núm. 14, 1994, pp. 111-130; Víctor URRUTIA, «La ideología higienista y la vivienda en Bilbao a comienzos del siglo XX», *Cuadernos de Sección. Historia. Geografía*, núm. 21, 1993, pp. 329-344; Horacio CAPEL y Mercedes TATJER, «Reforma social, servicios asistenciales e higienismo en la Barcelona de fines de siglo XIX», *Ciudad y Territorio*, núm. 89, 1991, pp. 81-94; Antoni MOLINER PRADA y Carmen MOLINER PRADA, «El Doctor Pere Felip Monlau y la cuestión obrera», *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, núm. 5, 1986, pp. 101-118; José María LÓPEZ PIÑERO, «El testimonio de los médicos españoles del siglo XIX acerca del proletariado industrial», *Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, núm. 19, 1976, pp. 253-326.

³⁵ María Esther MARTÍNEZ QUINTEIRO, «El nacimiento de los seguros sociales en el contexto del reformismo y la respuesta del movimiento obrero», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 2, núm. 4, 1984, pp. 61-83; Carlos HERMIDA REVILLAS y Elena GARCÍA SÁNCHEZ, «El retiro obrero obligatorio en España: génesis y desarrollo (1917-1931)», *Estudios de Historia Social*, núm. 14, 1980, pp. 7-57; Feliciano MONTERO GARCÍA, *Órgenes y antecedentes de la Previsión Social*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1988; Josefina CUESTA BUSTILLO, *Hacia los seguros sociales obligatorios. La crisis de la Restauración*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1988; Mercedes SAMANIEGO BONEU, *La unificación de los seguros sociales a debate. La Segunda República*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1988.

³⁶ Ricardo CAMPOS MARÍN, «El obrero abstemio. Salud moral y política en el discurso antialcohólico del socialismo español a principios de siglo», *Historia Social*, núm. 31, 1998, pp. 27-43; del mismo autor: «Casas para obreros. Un aspecto de la lucha antialcohólica en España durante la Restauración», *Dynamis*, núm. 14, 1994, pp. 111-130 y «El alcoholismo como enfermedad social en la España de la Restauración: problemas de definición», *Dynamis*, núm. 11, 1991, pp. 263-286; Jorge URÍA, «La taberna en Asturias a principios del siglo XX. Notas para su estudio», *Historia Contemporánea*, núm. 5, 1991, pp. 53-72; Cristóbal ROBLES MÚÑOZ, «La condición moral de los obreros en los informes de la Comisión de Reformas Sociales, 1884-1886», *Revista de Política Social*, núm. 142, 1984, pp. 79-109; Amaro Del ROSAL DÍAZ, «La taberna como centro de discusión política en Asturias», *Los Cuadernos del Norte*, núm. 14, 1982, pp. 79-84.

³⁷ Cfr. Miguel PEREYRA, «Educación, salud y filantropía: el origen de las colonias escolares de vacaciones en España», *Historia de la Educación*, núm. 1, 1982, pp. 145-168; también P. PUIG I JOFRE, «Las colonias de vacaciones en Cataluña. Apuntes históricos», *Cuadernos de Pedagogía*, núms. 7-8, 1975, pp. 33-36; X. PUIG-DOLLERS I NOBLOM, *Apunts per una historia de les Colònies al nostre país*, Biblioteca Escola de l'Esplai, Barcelona, 1975; Francisco de Luis Martín, *La cultura socialista en España, 1923-1930*, Ediciones Universidad de Salamanca-CSIC, Salamanca, 1993, especialmente pp. 51-56 y 221-230; Luis Miguel LÁZARO LORENTE, «Naturismo, Eugenesia y Educación en España», en *Educació, Activitats Físiques i Esport en una perspectiva històrica*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1992, pp. 318-325.

éste, tanto en la denuncia de sus crudas carencias como en los variados proyectos que desde las entidades públicas y privadas de diferente signo se fueron ensayando³⁸. Equiparable —por lo acuciante del mismo— al asunto de la vivienda debe considerarse el de *la enseñanza y la educación de los obreros*; a los estudios más genéricos provenientes del campo de la historia de la pedagogía sobre los índices y las fórmulas de alfabetización y de escolarización que se dieron en España³⁹, se han ido

³⁸ Juan BLAT, *Vivienda obrera y crecimiento urbano*, Generalitat Valenciana, Valencia, 2000; Alfredo RUBIO DÍAZ, *Viviendas unifamiliares contra corralones: el barrio obrero de Huelín (Málaga, 1868-1900)*, Ed. Miramar, Málaga, 1996; Ana Julia GÓMEZ GÓMEZ, «La vivienda obrera del arquitecto D. Manuel María Smith Ibarra», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie VII: Historia del Arte*, núm. 12, 1999, pp. 385-409; Covadonga ÁLVAREZ QUINTANA, «Solvay & CIE. (Lieres): historia y arquitectura de una empresa belga en Asturias. El poblado (La cité ouvrier) de Campiello», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, núm. 51, 1997, pp. 187-231; de esta misma autora: «Casa y carbón. La vivienda minera en la cuenca del caudal, 1880-1936», *Liño*, núm. 6, 1986, pp. 83-99; Pedro M. PÉREZ CASTRO-VIEJO, «Vivienda obrera y primeros negocios inmobiliarios en la zona industrial de Vizcaya», *Historia Social*, núm. 27, 1997, pp. 107-126; Luis ARIAS GONZÁLEZ, *El socialismo y la vivienda obrera en España (1926-1939)...*, *op. cit.*; Ricardo CAMPOS MARÍN, «Casas para obreros. Un aspecto de la lucha antialcohólica en España durante la Restauración», *Dynamis*, núm. 14, 1994, pp. 111-130; Manuel VALENZUELA RUBIO, «Ciudad y acción municipal: la política de vivienda del Ayuntamiento de Madrid (1868-1978)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. 15, 1978, pp. 327-361; Víctor URRUTIA, «La ideología higienista y la vivienda en Bilbao a comienzos del siglo XX», *Cuadernos de Sección. Historia, Geografía*, núm. 21, 1993, pp. 329-344; Juan FERNÁNDEZ DE RETANA, «Los pasillos de Collblanc-La Torrassa, 1900-1929. La esencia de un barrio dormitorio», *Revista Catalana de Geografía*, vol. 6, núm. 17, pp. 50-60; Carmen DELGADO VIÑAS, «El problema de la vivienda obrera en las ciudades españolas (Burgos, 1850-1936)», *Eria*, núm. 27, 1992, pp. 33-56; José SIERRA ÁLVAREZ, «Política de vivienda y disciplinas industriales paternalistas en Asturias», *Eria*, núm. 8, 1985, pp. 61-71; Francisco QUIRÓS LINARES, «Patios, corralas y ciudadelas (Notas sobre viviendas obreras en España)», *Eria*, núm. 3, 1982, pp. 3-34; Manuel VALENZUELA RUBIO, «Las sociedades constructoras benéficas, una respuesta paternalista al problema de la vivienda obrera. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. 20, 1983, pp. 63-96; Manuel RIBAS PIERA, «Las colonias industriales. Primeras soluciones», *AV. Arquitectura y Vivienda*, núm. 11, 1987, pp. 7-15; Antonio GONZALO CORDÓN, «La cuestión de la vivienda en la España del siglo XIX», *Obradoiro*, núm. 12, 1985, pp. 7-45; Clementina Díez DE BALDEÓN, «Apuntes sobre el problema de la vivienda obrera en Madrid en la segunda mitad del siglo XIX», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. 17, 1980, pp. 391-407; Carlos SAMBRICIO, «Los orígenes de la vivienda obrera en España: Madrid: 1848, 1911», *Arquitectura*, núm. 62, 1981, pp. 65-71.

³⁹ Pueden verse, entre una torrencial bibliografía, Mercedes SAMANIEGO BONEU, «El problema del analfabetismo en España (1900-1930)», *Hispania*, núm. 124, 1973, pp. 375-400; Carlos LERENA, *Escuela, ideología y clases sociales en España*, Ariel, Barcelona, 1976; Manuel PUELLES BENÍTEZ, *Educación e ideología en la España contemporánea*, Labor, Barcelona, 1980; AA.VV.: *Escolarización y sociedad en la España contemporánea*

sumando nuevos aspectos referentes a las enseñanzas no regladas⁴⁰, a la formación profesional⁴¹, a las escuelas propiamente obreras⁴², a los

nea, 1808-1970, Valencia, 1983; Enrique BERNARD ROYO, *La instrucción primaria a principios del siglo xx. Zaragoza, 1898-1914*, Ed. Cometa, Zaragoza, 1984; Julio RUIZ BERRIO, *La educación en la España contemporánea. Cuestiones históricas*, Sociedad Española de Pedagogía, Madrid, 1985; Aida TERRÓN BAÑUELOS, *La enseñanza primaria en la zona industrial de Asturias (1898-1923)*, Principado de Asturias, Oviedo, 1990; María Aurora FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, *Analfabetismo en Asturias y movimiento obrero a finales del siglo XIX*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1992; Antonio VIÑAO FRAGO, «Del analfabetismo a la alfabetización. Análisis de una mutación antropológica e historiográfica», *Historia de la Educación*, núm. 3, 1984, pp. 151-190 y núm. 4, 1985, pp. 209-226; José María HERNÁNDEZ DÍAZ (coord.), *La escuela primaria en Castilla y León. Estudios Históricos*, Amarú Ediciones, Salamanca, 1993; Alejandro TIANA FERRER, «Educación obligatoria, asistencia escolar y trabajo infantil en España en el primer tercio del siglo XX», *Historia de la Educación*, núm. 6, 1987, pp. 43-59; Antonio VIÑAO FRAGO, «Analfabetismo y alfabetización», en *Historia de la Educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, CIDE, Madrid, 1994, pp. 23-50.

⁴⁰ Alejandro MAYORDOMO, *Educación y «cuestión obrera» en la España contemporánea*, Nau Llibres, Valencia, 1981; José Antonio PIQUERAS, *El taller y la escuela*, Siglo XXI, Madrid, 1988; Mariano FERNÁNDEZ ENGUITA, *Trabajo, escuela e ideología*, Akal, Madrid, 1985; Luis Miguel LÁZARO LORENTE, «Clases trabajadoras y educación en Valencia. Balance y problemas», en *Moviment obrer i educació popular*, ICE-Universitat de les Illes Balears, Menorca, 1986, pp. 171-180; en este mismo volumen, Irene PALACIO LIS, «Cultura y educación obrera en Valencia: Vicente Blasco Ibáñez», pp. 119-127; Carlos SERRANO, «Le Parti Socialiste espagnol et la culture (1890-1910)», en *Clases populares. Cultura, Educación. Siglos XIX-XX*, Casa de Velázquez-UNED, Madrid, 1989, pp. 457-466; Pere SOLA GUSINER, «La escuela y la educación en los medios anarquistas de Cataluña, 1909-1939», *Convivium*, núms. 44-45, 1975, pp. 54-63; del mismo autor: «Los Ateneos obreros y su función educadora. De la Restauración a la II.ª República», *Cuadernos de Pedagogía*, núm. 16, abril 1976, pp. 30-41 y *Els Ateneus obrers i la cultura popular a Catalunya (1900-1939)*, *L'Ateneu enciclopèdic popular*, Ed. La Magrana, Barcelona, 1978.

⁴¹ J.J. DÍAZ BENITO, *Las escuelas estatales de Artes y Oficios y la educación del obrero*, Tesis Doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1979 (ver *Historia de la Educación*, núm. 1, 1982, pp. 306-307); Francisco de LUIS MARTÍN, «Dos experiencias socialistas de Formación Profesional en el primer tercio del siglo XX: las Escuelas de Aprendices Tipógrafos y de Aprendices Metalúrgicos», *Historia de la Educación*, núm. 9, 1990, pp. 233-253; Ramón ALBERDI, *La formación profesional en Barcelona. Política-Pensamiento-Instituciones, 1875-1923*, Ediciones Don Bosco, Barcelona, 1980; una bibliografía más completa se encuentra en Jean-Louis GUEREÑA y Alejandro TIANA FERRER, «La educación popular», en *Historia de la Educación en la España contemporánea. Diez años de investigación*, CIDE, Madrid, 1994, pp. 145-148.

⁴² Enrique BERNARD ROYO, *Catolicismo y laicismo a principios de siglo (Escuelas laicas y católicas en Zaragoza)*, Cuadernos de Zaragoza 57, Zaragoza, 1985; Luis Miguel LÁZARO LORENTE, *Las escuelas racionalistas en el País valenciano (1906-1931)*, Nau Llibres, Valencia, 1992; del mismo autor: *La Escuela Moderna de Valencia*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1989; Cándido RUIZ RODRIGO, *Catolicismo social y educación. La formación del proletariado en Valencia (1891-1917)*, Facultad de Teología San Vicente

ciclos de conferencias y de extensión universitaria⁴³, los experimentos didácticos a gran escala de la Guerra Civil⁴⁴, etc.

3.2. *Lenguajes y mecanismos de expresión obrera*

Es evidente que cada grupo social tiene su *código lingüístico* particularizado por la procedencia geográfica, el nivel cultural y económico, el tipo de trabajo, etc. Esta evidencia, llegó a generar estereotipos de argots populares recogidos por la literatura costumbrista —o pseudo-costumbrista— de la época y cuyos modelos más conocidos por todos son el habla sainetesca del proletariado madrileño recreado por Arniches, la del rústico perediano de guardarropía y la del chistoso jornalero andaluz de almanaque de los Álvarez Quintero. Más que reconstruir

Ferrer, Valencia, 1982; del mismo autor: «La educación del obrero: los inicios del catolicismo social en Valencia», *Historia de la Educación*, núm. 1, 1982, pp. 123-143; Francisco DE LUIS MARTÍN, «Socialismo y educación en España: las escuelas primarias obreras en la década de los años veinte», *Studia Zamorensia*, vol. XII, 1991, pp. 133-153; Pere SOLA, *Las escuelas racionalistas en Cataluña (1900-1939)*, Tusquets, Barcelona, 1976; del mismo autor: *Francesc Ferrer i Guardia i l'Escola Moderna*, Ed. Curial, Barcelona, 1978; Buenaventura DELGADO, *La Escuela Moderna de Ferrer i Guardia*, CEAC, Barcelona, 1979.

⁴³ Santiago CASTILLO, «Juan José Morato. La actitud del socialismo ante la *Extensión Universitaria* del profesorado ovetense», en Jorge URÍA, *Institucionismo y reforma social en España*, Talasa Ediciones, Madrid, 2000, pp. 162-186; en esta misma obra colectiva, Aida TERRÓN BAÑUELOS, «El ideario y las realizaciones pedagógicas del Grupo de Oviedo», pp. 281-310; Alejandro TIANA FERRER, *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, CIDE, Madrid, 1992, especialmente pp. 379-391; Jean-Louis GUERENA, «Las Casas del Pueblo y la educación obrera a principios del siglo XX», *Hispania*, LI/2, núm. 178, 1991, pp. 645-692; Enrique GUERRERO SALOM, «La Institución Libre de Enseñanza, el sistema educativo y la educación de las clases obreras a finales de siglo», *Revista de Educación*, núm. 243, marzo-abril 1976, pp. 64-81; Antonio RUIZ SALVADOR, «Intelectuales y obreros: la extensión universitaria en España», en *Cuatro ensayos de Historia de España*, Edicusa, Madrid, 1975, pp. 153-206; Conrado VILANOU, «La extensión universitaria en Cataluña», *Perspectivas Pedagógicas*, núms. 53-54, 1984, pp. 95-99.

⁴⁴ J.M. FERNÁNDEZ SORIA, «Revolución versus reforma educativa en la Segunda República española. Elementos de ruptura», *Historia de la Educación*, núm. 4, 1985, pp. 337-353; Christopher COBB, *La Cultura y el Pueblo. España, 1930-1939*, Laia, Barcelona, 1981; del mismo autor: «Mundo Obrero y la elaboración de una política de cultura popular (1931-1938)», en Manuel TUÑÓN DE LARA (dir.): *La Prensa de los siglos XIX y XX*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1986; Jesús LÓPEZ SANTAMARÍA, «Educación y Guerra Civil. El caso de las juventudes libertarias», *Historia de la Educación*, núm. 3, 1984, pp. 215-236; Alejandro TIANA FERRER, *Educación libertaria y revolución social. España, 1936-39*, UNED, Madrid, 1987.

el lenguaje oral de la clase obrera de aquellos años —que no existió nunca como algo único— lo interesante, históricamente, sería bucear en su carga simbólica. Ya que se ha estudiado, muy acertadamente, la influencia del Esperanto en los círculos socialistas y anarquistas⁴⁵, convendría hacer lo mismo con los discursos políticos y de agitación sindicalista tan distintos formalmente según fueran de anarquistas, socialistas, comunistas, etc. y no sólo por la manera de denominarse cada uno de ellos o por las consabidas fórmulas de saludo y de despedida —«compañeros», «camaradas», «Salud», «por la Revolución», «por el triunfo de la clase obrera»...—, sino por la forma de utilizar el idioma, los términos, la sintaxis, etc. Emparentado directamente con el lenguaje, se encuentra *la propaganda* dirigida a los obreros, ya fuera con finalidad comercial o política⁴⁶; en ella se entremezclaron, con mejor o peor acierto, los elementos verbales con los icónicos⁴⁷ y además recibió

⁴⁵ Cfr. Narcís FLUVIA I FIGUERES, «Cronología de l'esperantisme català», en BOULTON: *Zammenhof autor de l'esperanto*, El Llamp, Barcelona, 1987; también Dolors MARÍN, y Narcís FLUVIA, *La premsa esperantista a Catalunya: 1905-1939*, Barcelona, 1987; Eduardo VIVANCOS, *Un idioma para todos: el esperanto*, FIJL, Caracas, 1974; Francisco de LUIS MARTÍN, «Aproximación al esperantismo socialista en España (1906-1936)», *Aula. Revista de Enseñanza e Investigación Educativa*, núm. 7, 1995, pp. 243-257.

⁴⁶ Javier PANIAGUA, José Antonio PIQUERAS y Vicent SANZ (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Centro Francisco Tomás y Valiente de la UNED/ Fundación Instituto de Historia Social, Valencia, 1999; Ricard VINYES, «Bohemios, marxistas, bolcheviques. De la indigencia a la revolución», *L'Avenç*, núm. 77, 1984, pp. 44-64; Rafael CRUZ, «La organización del PCE (1920-1934)», *Estudios de Historia Social*, núm. 31, 1984, pp. 223-312; Adolfo FERNÁNDEZ PÉREZ, *Luchas y revoluciones obreras en la España contemporánea*, Akal, Madrid, 1995; José Manuel MACARRO, «Sindicalismo y política», *Ayer*, núm. 20, 1995, pp. 141-171; Enric UCCELAY DA CAL y Susana TAVERA GARCÍA, «Una revolución dentro de otra: la lógica insurreccional en la política española, 1924-1934», *Ayer*, núm. 13, 1994, pp. 115-146; Pere GABRIEL, «Sociabilidad obrera y popular y vida política en Cataluña, 1868-1923», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núms. 17-18, 1993, pp. 145-156; María Dolores SAIZ, «Prensa obrera y propaganda», *Anuario del Departamento de Historia*, núm. 5, 1993, pp. 249-259; Santos JULIÁ, «Sindicatos y poder político en España», *Sistema*, núm. 97, 1990, 41-62; del mismo autor, «De revolución popular a revolución obrera», *Historia Social*, núm. 1, 1988, pp. 29-43 y «Poder y revolución en la cultura política del militante obrero español», en *Peuple. mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint Denis, 1990, pp. 179-192.

⁴⁷ Antonio ELORZA, «Estampas del socialismo revolucionario (1933-1936)», *Estudios de Historia Social*, núm. 31, 1984, pp. 313-361; del mismo autor, «En la muerte de Robledano. El humor y la política», *Triunfo*, núm. 598, 1974, pp. 42-45; Josep Lluís MARTÍN I RAMOS *et alii*, *Historia gráfica del moviment obrer a Catalunya*, Diputación de Barcelona, Barcelona, 1989; Enric OLIVE I SERRET, *La pedagogía obrerista de la imagen*, José J. de Olañeta Ed., Barcelona-Palma de Mallorca, 1978; Lily LITVAK, *Musa Libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, Antoni Bosch Editor, Barce-

un impulso modernizador y vanguardista de primer orden entre 1936-1939, con la incorporación de todo tipo de técnicas novedosas como lo fue la radio⁴⁸. Fuera de la propaganda y del cartelismo queda aún todo un mundo de *imágenes obreras* que esperan ser utilizadas como verdaderas fuentes y servir para algo más que para ilustrar las páginas de los libros: los retratos fotográficos —familiares, de grupos laborales, de actos políticos, etc.—⁴⁹, los adornos domésticos, las insignias, las modas en el vestir o en el arreglo personal...

Las mentalidades obreras generan —y a la vez se fortalecen con ellas— sus propias *liturgias y rituales* que actúan como uno de los

lona, 1981; de la misma autora, *La Mirada Roja. Estética y arte del anarquismo español (1880-1913)*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1988; Manuel MORALES MÚÑOZ, «Iconografía y discurso obrero. La caricatura como crítica social en *El Condenado* (1872)», en *Les Discours de la Presse*, Presses Universitaires de Rennes, 1989, pp. 77-83; Javier GONZÁLEZ DE DURANA, «Utilidad y valor de la imagen gráfica en el semanario socialista bilbaíno *La Lucha de Clases* en torno a 1900», en Manuel TUÑÓN DE LARA (dir.), *La Prensa de los siglos XIX y XX*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1986; del mismo autor, *Ideologías artísticas en el País Vasco de 1900. Arte y política en los orígenes de la modernidad*, Colección Abiatur, Bilbao, 1992; Inma JULIÁN, «El cartelismo y la gráfica en la guerra civil», en Valeriano BOZAL y Tomás LLORENS (eds.), *España. Vanguardia artística y realidad social: 1936-1976*, Gustavo Gili, Barcelona, 1976, pp. 45-63; Carlos FONTSERÉ, «Consideraciones sobre el cartel de la guerra civil», en *La Guerra Civil Española. Exposición organizada por la Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1980, pp. 37-46; Carmen GRIMAU, *El cartel republicano en la Guerra Civil*, Cátedra, Madrid, 1979; Josep TERMES, «Una aproximación histórica al grafismo de 1931-1939», en *Catálogo de la Exposición de Carteles de la República y de la Guerra Civil*, Centro Cultural de la Villa de Madrid, Madrid, 23 de octubre-17 de noviembre 1978; Jaume MIRAVITLLES, Josep TERMES y Carlos FONTSERÉ, *Carteles de la República y de la Guerra Civil*, Centre d'Estudis d'Història Contemporània, Ed. La Gaya Ciencia, Barcelona, 1978; Francisco de LUIS MARTÍN y Luis ARIAS GONZÁLEZ, «Iconografía obrera: imágenes y símbolos visuales del 1.º de mayo en *El Socialista* (1886-1936)», *Revista de Història das Ideias*, vol. 18, 1996, pp. 63-114.

⁴⁸ Cfr. Armand BALSEBRE, *Historia de la Radio en España*, Volumen I: 1874-1939, Cátedra, Madrid, 2001; también, Carmelo GARITAONAINDÍA, *La radio en España. 1923-1939 (De Altavoz musical a Arma de propaganda)*, Siglo XXI-Universidad del País Vasco, Madrid, 1988; E. GARCÍA LLOVET, «Los orígenes de la radiodifusión madrileña», en *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, Comunidad de Madrid-Revista *Alfoz*, Madrid, 1989, vol. II, pp. 359-364; en este mismo volumen, E. GARCÍA FERNÁNDEZ, «35 años de cine en Madrid», pp. 365-371; Francisco de LUIS MARTÍN, *La cultura socialista en España, 1923-1930*, Universidad de Salamanca-CSIC, Salamanca, 1993, especialmente pp. 73-75.

⁴⁹ Sirvan como ejemplo, además de los diversos catálogos de exposiciones publicados sobre la historia del socialismo, el anarquismo o el comunismo o sobre aspectos más concretos de los mismos, *Imágenes de UGT, 1888-1988*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 1988 y *Pablo Iglesias, 1850-1925*, Madrid, PSOE-Fundación Pablo Iglesias-UGT, 2000.

principales mecanismos de expresión colectiva y de creación o mantenimiento de un olimpo mitológico bien en exclusividad o bien compartido con otros grupos sociales. Las más destacadas con luz muy propia son los mítines multitudinarios y las grandes manifestaciones, especialmente la del 1.º de mayo⁵⁰ y otras celebraciones de fechas y aniversarios de raíz claramente reivindicativa —la Comuna, el 14 de abril republicano, la conmemoración de la Revolución de Octubre o la del 34, la muerte de Pablo Iglesias, la de Durruti, etc.—; pero se olvida a menudo que también eran las masas proletarias las que colmaban las romerías, las ferias, las procesiones del Corpus, las cofradías de la Semana Santa, los espectadores de los ajusticiamientos públicos, las inauguraciones de Primo de Rivera, las comitivas de los entierros de toreros y artistas y hasta los de las bodas de la realeza. Y no se termina aquí la enumeración de ceremonias y rituales obreristas puesto que hay que mencionar las existentes en la iniciación profesional⁵¹, la persistencia de los trabajos colectivos de origen rural, las reuniones de vecinos, las comidas y banquetes comunitarios, las veladas artísticas... Incluso todo lo relacionado con las maneras que hubo de entender *el ocio* y *el tiempo libre* por parte de las capas bajas de la población pudiera englobarse en este macroapartado⁵². La reducción de la jornada de trabajo, los horarios fijos de la labor industrial a turnos y la extensión de los modos de vida urbano contribuyeron a cambiar —incluso a crear— espectacularmente las nociones tradicionales sobre el descanso y la forma de llenarlo. En este

⁵⁰ Sobre esta fecha y sus connotaciones de todo tipo, vid. Joaquim FERRER, *El primer Primero de Mayo en Catalunya*, Nova Terra, Barcelona, 1972; Pierre CONARD, «Las peticiones del Primero de Mayo (1913-1922)», en Manuel TUÑÓN DE LARA *et alli*, *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX-XX*, Edicusa, Madrid, 1973, pp. 121-133; Manuel PÉREZ LEDESMA, «El Primero de Mayo de 1890. Los orígenes de una celebración», en *Tiempo de Historia*, año II, n.º 18, mayo de 1976; M.ª Encarnación CABEZÓN ALONSO, «El 1.º de mayo en Burgos: 1901 a 1936 (a través de la prensa local)», en *Actas del Congreso de Historia de Burgos*, Burgos, Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, 1985, pp. 637-648; Carlos SERRANO, «*El Socialista* ante el Primero de Mayo», en *Estudios de Historia Social*, núms. 38-39, julio-diciembre 1986, pp. 105-119 y «Cultura y Socialismo. Los extraordinarios de *El Socialista* (1893-1912)», en *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1989, tomo II, pp. 397-404; Lucía RIVAS, *Historia del 1.º de mayo en España desde 1900 hasta la 2.ª República*, Madrid, UNED, 1987.

⁵¹ Nos referimos a aquellos actos tradicionales y obligados que, como la compra de vino por el minero que bajaba por primera vez a la mina, el gasto de la primera paga en alguna casa de lenocinio por parte del albañil o en la invitación a los compañeros de trabajo en alguna taberna, caracterizaron el comienzo —y su ritual— de la vida laboral.

⁵² Cfr. Jorge URÍA, *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*, Madrid, Publicaciones Unión - UGT, 1996.

sentido, para el historiador deberían resultar igualmente interesantes las actividades «creativas» y las que no lo eran tanto, las que buscaban el cultivo y el enriquecimiento personal o simplemente pasar un rato de diversión y contribuir al olvido de su penosa condición cayendo o rozando el concepto de «alienamiento», las que implicaban al individuo que actuaba como parte integrante de las mismas —orfeones, rondallas, grupos de teatro, centros excursionistas...—⁵³ o en las que asume el papel de un mero espectador pasivo —el circo, los toros, el cine, los nuevos deportes espectáculo, el teatro, el music-hall, las variedades, la música popular, etc.—⁵⁴.

⁵³ Vid., entre otros, Joaquina LABAJO VALDÉS, *Aproximación al fenómeno orfeonístico en España (Valladolid, 1890-1923)*, Diputación Provincial, Valladolid, 1987; de la misma autora, *Pianos, voces y panderetas. Apuntes para una historia social de la música en España*, Ediciones Endymión, Madrid, 1988; Jean-Louis GUERENA (coord.), «Sociétés musicales et chantantes en Espagne (XIX-XX siècles)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, núm. 20, 1994; J. CARBONELL (ed.), *El origen de les associacions corals a Espanya (s. XIX-XX)*, Oikos-Tau, Barcelona, 1998; Francisco de LUIS MARTÍN, «La cultura en la Casa del Pueblo de Barruelo de Santullán: el Cuadro Artístico Socialista (1918-1936)», en *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, Diputación de Palencia, Palencia, 1990, tomo III, vol. II, pp. 819-831; Carlos SERRANO, «Notas sobre el teatro obrero a finales del siglo XIX», en *El Teatro menor en España a partir del siglo XVI*, CSIC, Madrid, 1983, pp. 251-275.

⁵⁴ A la bibliografía ya citada pueden añadirse, entre otros trabajos, los de Serge SALAÛN y Claire-Nicole ROBIN, «Arte y espectáculos: tradición y renovación», en Serge SALAÛN y Carlos SERRANO (eds.), *1900 en España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, pp. 131-160; C.-N. ROBIN, «La nouvelle sociabilité sportive en 1900. Les clubs cyclistes», en R. CARRASCO, *Solidarités et sociabilités en Espagne (XVI-XX siècles)*, Les Belles Letres. Annales de l'Université de Besançon, París, 1991, pp. 391-401; X. PUJADAS, y C. SANTACANA, «Del barrio al estadio. Aspectos de sociabilidad deportiva en Cataluña en la década de los años treinta», *Historia y Fuente Oral*, núm. 7, 1997, pp. 31-45; SALAÛN, Serge: *El cuplé (1900-1936)*, Madrid, Austral, 1990; de este mismo autor, «El género ínfimo: mini-culture et culture des masses», en *Clases populares, Cultura, Educación. Siglos XIX y XX*, Casa de Velázquez-UNED, Madrid, 1989, pp. 337-354; AA.VV., *Cine español (1896-1983)*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1984; Enmanuel LARRAZ, *Le cinéma espagnol des origines à nos jours*, Editions du Cerf, París, 1986; Álvaro RETANA, *Historia del arte frívolo*, Ed. Tesoro, Madrid, 1964; Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Cien años de canción y music-hall*, Seix-Barral, Barcelona, 1974; de este mismo autor, *100 años de deporte: del esfuerzo individual al espectáculo de masas*, Difusora Internacional, Barcelona, 1972; M.P. ESPÍN TEMPLADO, *El teatro por horas en Madrid (1870-1910)*, Madrid, 1995; José Luis DOMÍNGUEZ, *Reflexiones acerca de la evolución del hecho deportivo*, Universidad del País Vasco, San Sebastián, 1995; *La historia del fútbol*, Altea, Madrid, 1996; José María de COSSÍO, *Los toros: tratado técnico e histórico*, Espasa-Calpe, Madrid, 1943-1997; Bartolomé BENASSAR, *Historia de la Tauromaquia: una sociedad del espectáculo*, Real Maestranza de la Caballería de Ronda, Valencia, 2000; Manuel DELGADO RUIZ, *De la muerte de un dios: la fiesta de los toros en el universo simbólico de la cultura popular*, Península, Barcelona, 1986.

Las liturgias y las actividades de ocio anteriormente mencionadas se desarrollaban en unos *espacios físicos de sociabilidad* que ayudaron a establecer una red de relaciones humanas complejas que superaban la utilidad aparente de los mismos; es decir, los parroquianos de una taberna estaban unidos por unos vínculos mucho mayores que los del mero consumo colectivo de vino y lo mismo hay que decir con los asiduos a la Casa del Pueblo o al local parroquial. Los lugares —aunque mejor sería hablar de las estructuras ideológicas a ellos ligadas— que nos resultan más interesantes son los creados directamente por los obreros o —al menos— para los obreros —la «Sociabilidad consciente»—: los Ateneos libertarios, las Casas del Pueblo⁵⁵, los Círculos y Centros Católicos⁵⁶..., pero no debieran ensombrecer a la multitud de los que Uría denomina —siguiendo a Agulhon— los espacios de «Sociabilidad informal»⁵⁷ y a los que hay que añadir los que nosotros llamamos de «Sociabilidad obligatoria», muchos de ellos compartidos también, en distintas proporciones, por los otros grupos sociales: los paseos, los bailes, los cafés cantantes, las tabernas, los cines y demás locales de espectáculos⁵⁸,

⁵⁵ Cfr. FRANCISCO DE LUIS MARTÍN y LUIS ARIAS GONZÁLEZ, *Las Casas del Pueblo socialistas en España (1900-1936)*, Ariel, Barcelona, 1997; también de los mismos autores, «Los “templos obreros”: funciones, simbología y rituales de las Casas del Pueblo socialistas en España (1900-1936)», *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, vol. LXXVI, 2000, pp. 273-300; VÍCTOR MANUEL ARBELOA, *Las Casas del Pueblo*, Ed. Mañana, Madrid, 1977; PASCAL DELORIS, *El centro cultural de la calle de Piamonte: la Casa del Pueblo de Madrid*, Mémoire de maîtrise, Université de Tours, 1983; ÁNGEL MATO DÍAZ, «Casas del Pueblo», en *Gran Enciclopedia Asturiana*, Silverio Cañada ed., Gijón, 1981, t. XV, pp. 227-230; FRANCISCO DE LUIS MARTÍN, «Los valores educativos y culturales del socialismo. Las Casas del Pueblo», en *Cien años de educación en España. En torno a la creación del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, Madrid, 2001, pp. 271-300.

⁵⁶ Una panorámica general sobre estos centros puede verse en JOSÉ ANDRÉS-GALLEGÓ, *Pensamiento y acción social de la Iglesia en España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984.

⁵⁷ JORGE URÍA, *Una historia social del ocio...* p. 20

⁵⁸ A la bibliografía citada sobre cine y espectáculos varios, temas a los que Jorge Uría dedica una especial atención en su libro sobre el ocio, puede añadirse, entre otros trabajos, EMETERIO DÍAZ PUERTAS, *Historia del movimiento obrero en la industria española del cine, 1931-1999*, Generalitat de Valencia, Valencia, 2000; FRANCISCO VILLACORTA BAÑOS, «La vida social y sus espacios», en *Historia de España de Menéndez Pidal*, tomo XXXIII: *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900). La sociedad, la economía y las formas de vida*, Espasa-Calpe, Madrid, 1997, pp. 663-727; JOSÉ ALFONSO, *Del Madrid del cuplé (recuerdos pintorescos)*, Colección «veinte duros», Madrid, 1972; JOSÉ LÓPEZ RUIZ, *Aquel Madrid del Cuplé*, Ed. Avapiés, Madrid, 1988; A. MARTÍNEZ OLMEDILLA, *Arriba el telón*, Aguilar, Madrid, 1961; ANTONIO OLANO, *Estrellas y stars*, Dopesa, Barcelona, 1974; FEDERICO SAINZ DE ROBLES, *Historia y estampas de la vida de Madrid*, Ed. Iberia, Madrid y Barcelona, 1933; MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Crónica sentimental de España*, Austral,

los burdeles⁵⁹, las escuelas, los cuarteles⁶⁰, la cárcel⁶¹, las fábricas⁶², etc.

Aunque hubo intentos de crear un *Arte* obrero, clasista y reivindicativo por parte de algunos sectores socialistas, anarquistas y comunistas que mimetizaron con más o menos entusiasmo las experiencias foráneas vanguardistas, lo cierto es que apenas cuajaron salvo entre una minoría insignificante. Y si entre los libertarios esa minoría se manifestó mucho más activa y con mayor capacidad de influencia sobre las bases en su intención de alcanzar una estética propia o autónoma y, sobre todo, en asumir las soluciones formales de algunas de las corrientes artísticas más renovadoras —aspecto éste compartido durante algunas etapas por los comunistas—, los socialistas, con muy pocas excepciones —Zugazagoitia, Ovejero, Bargalló, Pradal o Francisco Azorín entre ellos—, se mostraron muy poco permeables a las nuevas tendencias que sacudieron Europa y España desde comienzos de siglo. No existió una «estética obrera» en el sentido pleno de la palabra, sino que se fueron adoptando en cada momento los gustos dominantes con una fuerte presencia de las fórmulas más tradicionales y retardatarias, ajenas a cualquier rupturismo, pero siempre envueltas en un bagaje simbólico e icónico distintivo que es lo que las hace verdaderamente interesantes. Así, la arquitectura ya cuenta con una serie de trabajos de investigación

Madrid, 1986; Andrés AMORÓS, *Luces de candilejas. Los espectáculos en España (1898-1936)*, Madrid, 1991; L. CABANAS GUEVARA, *Cuarenta años de Barcelona, 1890-1930. Recuerdos de la vida literaria, artística, teatral, mundana y pintoresca de la ciudad*, Barcelona, 1944; del mismo autor, *Biografía del Paralelo, 1894-1936. Recuerdos de la vida teatral, mundana y pintoresca del barrio más jaranero y bullicioso de Barcelona*, Barcelona, 1945.

⁵⁹ Lily LITVAK, *Erotismo fin de siglo*, Antoni Bosch, Barcelona, 1989; A. RIVIERE GÓMEZ, «*Caidas, Miserables, Degeneradas*». *Estudio sobre la prostitución en el siglo XIX*, Madrid, 1994; Javier RIOYO, *Madrid. Casas de lenocinio, holganza y malvivir*, Madrid, 1991.

⁶⁰ Vivas descripciones sobre la vida en los cuarteles y sobre la milicia y la guerra encontramos en las novelas antimilitaristas de estos años, en buena medida basadas en experiencias directas de los autores. Así, por ejemplo, en *Imán*, de Sender; *El blocao*, de José Díaz Fernández; *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea o en *Notas de un soldado de Marruecos*, de Giménez Caballero.

⁶¹ Cfr. Pedro TRINIDAD, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Alianza, Madrid, 1991.

⁶² Vid., entre otros, Santiago CASTILLO (ed.), *El trabajo a través de la historia*, UGT, Madrid, 1996; Carlos ARENAS, Antonio FLORENCIO y José Ignacio MARTÍNEZ (eds.), *Mercado y organización del trabajo en España (siglos XIX y XX)*, Ed. Atril, Sevilla, 1998; Francesc MARTÍNEZ GALLEGÓ, «Tocata y fuga de la fábrica urbana. Colisión artesana y disciplina obrera (Valencia, 1840-1880)», *Sociología del Trabajo*, núm. 19, 1993, pp. 123-141.

sobre las Casas del Pueblo y las colonias de viviendas baratas pero queda aún mucho por hacer; apenas hay efectuado nada sobre los gustos obreros en torno a la pintura, la escultura y el diseño⁶³. Mejor tratados han sido el cinematógrafo y la música, tanto en su variante interpretativa —orfeones, bandas, rondallas, etc.— como en la compositiva —los himnos obreros, el gusto por el wagnerianismo entre los anarquistas, la explosión de la música popular y el flamenquismo...—. Pero el tema que más estudios acapara es el de la Literatura y de todo el amplio mundo de satélites que giran en torno a ella; esto ha sido posible gracias al impagable magisterio marcado por un grupo de filólogos que hace poco más de dos décadas tuvieron el atrevimiento de meterse con un material hasta entonces despreciado sistemáticamente: la literatura de cordel, la de quiosco, los folletines, la prensa popular, el género chico teatral, las fichas de bibliotecas, los libros de préstamos de las mismas, etc.⁶⁴. Sabemos así qué es lo que de verdad gustaban los obreros, qué autores admiraban, cómo y cuándo leían y qué es lo que se empeñaban —machacóna e infructuosamente— sus dirigentes e intelectuales de distinto signo en que leyesen, a qué tipo de teatro acudían⁶⁵, cómo eran sus modestas bibliotecas y hasta los múltiples y olvidados esfuerzos que hubo por crear una subliteratura política obrerista y sus magros logros finales⁶⁶.

⁶³ Vid. Valeriano BOZAL, *El realismo plástico en España. De 1900 a 1936*, Península, Madrid, 1967; del mismo autor, *La ilustración gráfica del siglo XIX en España*, Alberto Corazón Editor, Madrid, 1979 y *Summa Artis. Historia General del Arte*, vol. XXXVI: *Pintura y escultura españolas del siglo XX*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.

⁶⁴ La producción es hoy muy abundante y casi toda ella de excelente factura. Hemos mencionado ya los nombres de algunos de los principales cultivadores de estos temas y géneros —Mainer, Litvak, Serrano...— Cade añadir muchos otros, desde Caro Baroja —con su magmático *Ensayo sobre la literatura de cordel* (Revista de Occidente, Madrid, 1969)— hasta Gonzalo Santonja —con su *La novela revolucionaria de quiosco, 1905-1939* (Productora de Ediciones, Madrid, 1993)— pasando por Andrés Antón, Jean-Francois Botrel, José María Díez Borque, Joaquín Marco, Leonardo Romero Tobar, Federico Sainz de Robles, Jorge Urrutia, Pilar Bellido, Christopher Cobb, Brigitte Magnien, Gérard Brey, Michel Ralle, Jacques Maurice, Francisco de Luis, Luis Arias, Marisa Siguán, Víctor Fuentes, Francisco Caudet, Manuel Aznar, José Antonio Pérez Bowie y un larguísimo etcétera. Tres obras colectivas que, como muestra del buen hacer que comentamos, no nos resistimos a dejar de citar serían: AA.VV.: *L'infra-littérature en Espagne aux XIX et XX siècles. Du roman feuilleton au romancero de la guerre d'Espagne*, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble, 1977; AA. VV.: *Literatura popular y proletaria*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1986 y AA.VV.: *Les Productions Populaires en Espagne*, CNRS, París, 1986.

⁶⁵ Carlos MATA INDURÁIN, «Notas sobre el teatro proletario español de la preguerra: "Guerra a la guerra" y "Miserias"», *Rilce. Revista de Filología Hispánica*, núm. 11, 1995, pp. 68-87.

⁶⁶ Cfr. Francisco DE LUIS MARTÍN y Luis ARIAS GONZÁLEZ, «El cuento en la cultura socialista de principios del siglo XX: aproximación a la obra de J.A. Meliá», *Sistema*,

3.3. *Ética y comportamiento obrero*

La actuación moral y las pautas de comportamiento ligadas a ella poseen una doble dimensión estructural —«ética individual»/«ética social»— y unas consideraciones tales de relativismo que retraen generalmente a los historiadores; por eso, en este proceloso ámbito, ya dijimos que lo más común al ser lo menos conflictivo —y lo más llamativo— han sido las aproximaciones a todo lo relacionado con la *Solidaridad de clase* explicitado en el movimiento obrero organizado con sus partidos y sindicatos, las grandes huelgas e intentonas revolucionarias, las manifestaciones, las cajas de resistencia, los apoyos solidarios intergrupales, etc.; quedaría aún por ver hasta qué punto buena parte de esta solidaridad con sus formas de agrupación aparentemente tan modernas hunde sus raíces en unas maneras de vida preindustriales y agrarias y en los mecanismos de prestación de ayuda comunitaria inherentes a ellas.

Le siguen a continuación, por número de publicaciones, los estudios dedicados a *los líderes y dirigentes obreristas*. Poco a poco se está completando un mapa biográfico de estas personalidades⁶⁷, incluyendo

núm. 93, noviembre de 1989, pp. 115-131; de los mismos autores, «Mentalidad popular y subliteratura política durante la guerra civil: el concurso de cuentos antifascistas de Gijón (1937)», *Bulletin Hispanique*, Tome 93, núm. 2, Juillet-Décembre 1991, pp. 403-421 y *La narrativa breve socialista en España. Antología (1890-1936)*, Centro de Estudios Históricos-UGT, Madrid, 1998.

⁶⁷ Vid., entre otros, Bruno VARGAS, *Rodolfo Llopi. Una biografía política (1895-1983)*, Planeta, Barcelona, 1999; J. ALQUÉZAR, R. y TERMES, «Francisco Largo Caballero. Biografía», en M. TUÑÓN DE LARA (dir.), *Historia del socialismo español*, Conjunto Editorial S.A., Barcelona, 1989, pp. 216-217; Manuel SÁNCHEZ, *Maurín, gran enigma de guerra y otros recuerdos*, Madrid, 1976; Josefina CUESTA, *Francisco Largo Caballero: su compromiso internacional*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 1997; Marta BIZCARRONDO, «Besteiro: socialismo y democracia (1870-1940)», *Revista de Occidente*, núm. 94, enero de 1971, pp. 61-75; Elías CEDRÚN, «Un representante de aquella España: Julián Zugazagoitia», *Tiempo de Historia*, núm. 90, mayo de 1982, pp. 29-37; Manuel CONTRERAS, «Líderes socialistas de la Dictadura a la República», *Sistema*, núm. 26, septiembre 1978, pp. 59-72; Elías DÍAZ, «Fernando de los Ríos: socialismo humanista y socialismo marxista», *Sistema*, núm. 10, julio de 1975, pp. 115-125; Emilio LAMO DE ESPINOSA, *Filosofía y política en Julián Besteiro*, Edicusa, Madrid, 1975; Enrique MORAL SANDOVAL, *Pablo Iglesias. Escritos y discursos. Antología crítica*, Ed. Sálvora, Santiago de Compostela, 1984; del mismo autor, «Pablo Iglesias: notas sobre un dirigente obrero», *Sistema*, núm. 11, 1975, pp. 19-46; AA.VV., *Construyendo la modernidad. Obra y pensamiento de Pablo Iglesias*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 2002; Virgilio ZAPATERO, *Fernando de los Ríos: los problemas del socialismo democrático*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974; V. PÉREZ PLAZA, «J. Álvarez del Vayo: el último olvidado», *Historia 16*, núm. 157, Extra mayo 1989, pp. 141-150; Andrés SABORIT, *Julián Besteiro*, Losada, Buenos Aires, 1967 (2.ª ed.); Ricardo MIRALLES,

a las de menor importancia⁶⁸ en una labor indispensable pero que debiera trascender el simple conocimiento de unas vidas más o menos ejemplares puesto que a través de ellas se puede —y se debe— profundizar en dos conceptos fundamentales. El primero y más evidente hace referencia al proceso de formación del líder obrero en España, abarcando cómo se formaban y cómo efectuaban sus peculiares «cursus honorum» dentro del partido y del sindicato que les convertía en profesionales de la política o en «permanentes sindicales» en un itinerario que no excluye las peleas internas por la asunción de los cargos y las discrepancias personales, que nos orientan sobre otros asuntos mucho más

«Indalecio Prieto y la política modernizadora en el País Vasco», *Cuadernos de Alzate*, núm. 17, 1997, pp. 57-67; Luis BALAGUER, «José Díaz, un gran revolucionario», *Utopías. Nuestra bandera*, núm. 165, 1995, pp. 117-130; Miquel CAMINAL, «Catalanismo y revolución democrática en la biografía y pensamiento político de Joan Comorera», *Perspectiva Social*, núm. 19, 1983, pp. 71-97; Josep ADSUAR, «La fascinación del poder: Diego Abad de Santillán en el ojo del huracán», *Anthropos*, núm. 138, 1992, pp. 48-54; en este mismo número, Ángel J., CAPPELLETTI, «Vida e ideario de Diego Abad de Santillán», pp. 10-15; Pelai PAGES, «Andrés Nin: cien años después», *L'Avenç*, núm. 166, 1993, pp. 18-23; Asunción POMARES, y Vicente VALENTÍN, «José Peirats: la obra de un militante», *Anthropos*, núm. 102, 1989, pp. 53-55; María RUPÉREZ, «Andreu Nin, un revolucionario en el recuerdo», *Tiempo de Historia*, núm. 60, 1979, pp. 14-29; COLECTIVO FEBRERO: «Federica Montseny, una entrevista con la Historia», *Tiempo de Historia*, núm. 31, 1977, pp. 4-19.

⁶⁸ Pelai PAGES *et alii*, *Diccionari biogràfic del moviment obrer als països catalans*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2000; semblanzas sobre los parlamentarios socialistas en las Cortes de la República se encuentran en Aurelio MARTÍN NÁJERA, *El grupo parlamentario socialista en la II.ª República española*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 2001; también, entre otros muchos, José ÁLVAREZ JUNCO, «Un anarquista español a comienzos del siglo XX: Pedro Vallina en París», *Historia Social*, núm. 13, 1992, pp. 23-37; Albert BALLELLS, *Ideari de Rafael Campalans*, Colecció Llibre de Butsaca, Barcelona, 1973; Jesús PALOMARES IBÁÑEZ, «Líderes del socialismo castellano: Remigio Cabello, fundador de la Agrupación Socialista de Valladolid», *Investigaciones Históricas*, 1986, pp. 169-186; Santiago CASTILLO, «De cómo un aprendiz de tipógrafo se hizo socialista. Juan José Morato (1864-1938)», en *Pueblo, movimiento obrero y cultura...* pp. 13-21; Ángel GARCÍA-SANZ, *Gregorio Angulo (1868-1937): los "obreros conscientes" navarros*, Fundación Juan José Gorricho Moreno, Pamplona, 1999; Manuel MORALES MUÑOZ, *Málaga, la memoria perdida: los primeros militantes obreros*, Diputación Provincial de Málaga, Málaga, 1989; Manuel VICENTE, «Josep Lluas i Pujals (1852-1905). Anarquismo, sindicalismo, colectivismo y librepensamiento», *Historiar. Revista trimestral de Historia*, núm. 3, 1999, pp. 39-57; Juan Antonio FIERRO, «Aportaciones orales en torno a la figura del cenetista gaditano José Bonat», *Gades*, núm. 22, 1977, pp. 187-198; Pelai PAGES, *L'Arnau, revolucionario y miliciano*, Ed. Grao, Barcelona, 1985; J.L. MILLÁN CHIVITE, «Ideología y praxis de un líder gaditano: Vicente Ballester», *Gades*, núm. 11, 1983, pp. 353-363; J.L. GUEREÑA, «Contribución a la biografía de José Mesa: de *La Emancipación* a *L'Egalité* (1873-1877)», *Estudios de Historia Social*, núms. 8-9, 1979, pp. 129-141; Álvaro de ALBORNOZ, «Dirigente obrera, feminista, fundadora del P.C.E.: Virginia González, mujer de acción», *Tiempo de Historia*, núm. 32, 1977, pp. 26-29.

profundos: cuál era el nivel de democracia interna en cada rama y en cada momento del movimiento, qué grado de disciplina fue el aceptado por los distintos afiliados y cómo los obreros asumieron los conceptos de jerarquía y transmisión de dominio en sus propias estructuras organizativas y no en las impuestas o ajenas. El segundo concepto comprende la consideración de estas existencias personales de liderazgo como unos modelos admirados de comportamiento moral humano para la clase obrera, que fácilmente las elevó a la categoría de mitos; con esta sacralización de ciertas personalidades no se hizo más que seguir la tendencia de la vida política española tan proclive al caudillismo y a tapar con las glorificaciones personalistas la pobreza ideológica. Este «culto laico» tuvo sus cimas en el pablismo⁶⁹, en el largocaballerismo⁷⁰, en el durrutismo⁷¹ y de los demás «mártires» anarquistas anteriores a él —desde Anselmo Lorenzo hasta *el Noi del Sucre*, pasando por Ferrer i Guardia, entre otros—, hasta llegar a la deificación de la Pasionaria durante la Guerra⁷², fase ésta que —como era lógico— fue muy dada a tales excesos y a las exaltaciones de las figuras heroicas populares —son los casos del Campesino, Álvarez del Vayo, Félix Bárzana, Cipriano Mera, J. Modesto...—. Al panteón ideológico de la mitología política obrerista y a la consideración —verdadera o mistificada— que tenían sobre sus integrantes se añade la mitificación que se dió en torno a los sucesos históricos relacionados con el movimiento obrero ya fueran «fracasos gloriosos» —Revolución del 34, batalla del Ebro...— ya fueran «triumfos clamorosos» —Huelgas generales, defensa de Madrid...—. Mucho menos interés historiográfico han suscitado los estudios sobre *los mitos populares no políticos* y, sin embargo, la realidad desmiente este desinterés. Toreros, deportistas, escritores, cantantes, actores y actrices de todo pelaje y condición, héroes militares y hasta los delincuentes más señeros fueron figuras conocidísimas y admiradas, con un

⁶⁹ Vid. el capítulo 5 «¿Pablo Iglesias, santo? La mitificación de un líder socialista», del libro de Manuel PÉREZ LEDESMA, *El obrero consciente*, Alianza, Madrid, 1987, pp. 142-152

⁷⁰ Un ejemplo del culto a Largo Caballero en el «Prólogo» de Enrique de Francisco a Francisco LARGO CABALLERO, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, Ediciones Unidas, S.A., México, 1976, pp. 5-22.

⁷¹ Véase al respecto, Abel PAZ, *Durruti*, Barcelona, Bruquera, 1978.

⁷² Una visión absolutamente hagiográfica de su persona y su actuación se encuentra en *Guerra y revolución en España, 1936-39*, Ed. Progreso, Moscú, 1966 (versión oficial durante muchos años del comunismo sobre el conflicto bélico); una breve pero enjundiosa reflexión sobre el mito y el culto a la Pasionaria en Joan ESTRUCH, «Pasionaria. La verdad de Dolores Ibárruri», *Historia 16*, núm. 118, febrero de 1986, pp. 11-24. Visiones ponderadas en las historias del PCE de J. Estruch, P. Pages y R. Cruz.

enorme poder de convocatoria en una sociedad que ya comenzaba a experimentar las consecuencias últimas del fenómeno de comunicación de masas.

La moral sexual, con las pautas de comportamiento a ella asociadas, supone un importante índice para medir el cambio de mentalidad que se produjo en estos años y la pugna que se dio entre las concepciones tradicionales de raíz católica y las nuevas costumbres laicistas introducidas de muy distintas maneras y con un éxito desigual. Fenómenos tales como los sistemas de noviazgo y acceso al matrimonio⁷³, la prostitución —con sus campañas de petición de ilegalidad incluidas—, la consideración de la mujer y del feminismo⁷⁴, las discusiones en torno al «amor libre», el divorcio y la planificación familiar, la condena prácticamente unánime de la homosexualidad como comportamiento desviado y vicio propio de aristócratas y degenerados, etc. muestran la alteración del pensamiento colectivo obrero sobre la que antes hicimos mención. Para completar este panorama de los grandes cambios ideológicos en el seno de la clase obrera, es imprescindible un análisis de *la*

⁷³ Cfr. Benito CACHINERO SÁNCHEZ, «La evolución de la nupcialidad en España (1887-1975)», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 20, octubre-diciembre de 1982, pp. 81-99; del mismo autor, «El modelo europeo de matrimonio: evolución, determinantes y consecuencias», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 15, julio-septiembre de 1981, pp. 47-62; también J. GOODY, *The Development of the Family and Marriage in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; F. CHACÓN JIMÉNEZ, (ed.), *Familia y sociedad en el Mediterráneo occidental. siglos XV-XIX*, Universidad de Murcia, Murcia, 1987; David REHER, «Desarrollo urbano y evolución de la población: España, 1787-1930», *Revista de Historia Económica*, IV, 1986, 1, pp. 39-66 y Joaquín ARANGO, «La modernización demográfica de la sociedad española», en Jordi NADAL *et alli* (comp.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1987, pp. 201-236.

⁷⁴ Cfr. James AMELANG y Mary NASH (eds.), *Historia y género: las mujeres en la España moderna y contemporánea*, Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990. Recientemente, *Historia Contemporánea* ha dedicado un monográfico (n.º 22, 2000, II) a este tema. En relación a la visión tan diferente de socialistas, anarquistas y comunistas sobre las mujeres, pueden verse entre otros trabajos los de Marta BIZCARRONDO, «Notas sobre la mujer y el socialismo en España», *Bulletin Centre de Recherches Hispaniques*, núm. 29, julio 1984, pp. 101-125; Mary NASH, «La problemática de la mujer y el movimiento obrero en España», en *Teoría y práctica del movimiento obrero en España*, Fernando Torres ed., Valencia, 1978, pp. 241-279; de la misma autora, *Mujer y movimiento obrero en España*, Fontamara, Madrid, 1981 y *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Anthropos, Barcelona, 1983. La visión de la mujer en el sindicalismo católico en Mercedes GARCÍA BASAURI, *La mujer en el catolicismo social durante el reinado de Alfonso XIII*, Memoria de Licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1978 y Rosa María CAPEL, *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1986, pp. 217-226.

religiosidad popular. Las evidentes y llamativas muestras del anticlericalismo hispano que venían larvándose desde épocas muy antiguas y que llegan a su culmen durante la II.^a República, son la prueba de un alejamiento paulatino de la Iglesia por parte de las capas más bajas de la población⁷⁵; sin embargo, este abandono palpable de la fe católica y de sus prácticas debe ser matizado y cuantificado pues ni fue completo, ni supuso que se arrancaran de raíz tales creencias de la mentalidad popular. Las estadísticas que la propia institución eclesial elaboró sobre la asistencia a los Sacramentos —bautismos, primeras comuniones, confirmaciones, matrimonios, cumplimientos pascuales, entierros...—⁷⁶, y el número de seminaristas, religiosos e integrantes de órdenes femeninas nos muestran el poder de convocatoria que aún mantenía; por otra parte, la contraofensiva social católica en pugna contra los Movimientos Obreros dio como resultado obras como las escuelas del Espíritu Santo del P. Manjón⁷⁷, la extensión de los centros de formación profesional de los escolapios y salesianos⁷⁸, la labor del P. Arboleya y de otros con la creación de sindicatos, cooperativas y círculos recreativos obreros⁷⁹, la fundación de editoriales y periódicos con un afán de difu-

⁷⁵ Cfr. Manuel DELGADO RUIZ, «La antirreligiosidad popular en España», en C. ÁLVAREZ SANTALÓ, (ed.), *La religiosidad popular. I. Antropología e Historia*, Anthropos, Barcelona, 1989; también John DEVLIN, *Spanish Anticlericalism. A study in modern alienation*, Las Américas Publishing Company, Nueva York, 1966 y Julio CARO BAROJA, *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*, Istmo, Madrid, 1980; José ÁLVAREZ JUNCO, «El anticlericalismo en el movimiento obrero», en VV.AA.: *Octubre 1934*, Siglo XXI, Madrid, 1985; también Manuel DELGADO, *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Ed. Humanidades, Barcelona, 1992; Javier PANIAGUA, *Religión y anticlericalismo en el anarquismo español (Notas para su estudio)*, Valencia, 1979; Inma PLANELL SANMIQUEL, «Clericalismo y anticlericalismo: la Semana Trágica y el debate ante la reapertura de las escuelas laicas en Sabadell», *Arraona. Revista d'Historia*, núm. 3, 1988, pp. 75-92.

⁷⁶ Cfr. Víctor PÉREZ DÍAZ, «Iglesia y religión en la España contemporánea», *El retorno de la sociedad civil*, cap. 15, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1987; también, Frances LANNON, *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia católica en España, 1875-1975*, Alianza, Madrid, 1990; Alfonso BOTTI, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Alianza, Madrid, 1992 y Carlos ÁLVAREZ SANTALÓ, et alii (coords.), *La religiosidad popular*, Anthropos, Barcelona, 3 tomos, 1989.

⁷⁷ Cfr. Gonzalo GÁLVEZ CARMONA, *Pedagogía española. El padre Manjón. Antología*, Magisterio Civil, Madrid, 1940.

⁷⁸ Vicente FAUBELL ZAPATA, «Las Órdenes y Congregaciones religiosas y la educación en la España contemporánea», en J.M. PRELLEZO (ed.), *L'impegno dell'educare*, L.A.S., Roma, 1991, pp. 113-134.

⁷⁹ Sobre Arboleya, vid. Domingo BENAVIDES, *El fracaso social del catolicismo español, Arboleya Martínez, 1870-1951*, Barcelona, 1973 y Juan José CASTILLO, *El sindicalismo amarillo en España*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1977; sobre el P. Poveda, M.^a

sión mayoritaria —Editorial Católica, *El Debate* —⁸⁰ y otros intentos alcanzaron un eco que no puede pasarse por alto, como tampoco debería minusvalorarse la continuidad en las manifestaciones de religiosidad popular —cofradías, hermandades, misiones cuaresmales, procesiones penitenciales, peregrinaciones y romerías a santuarios, grupos de adoración eucarística y de culto mariano...—, aunque ya comenzaban a entrar en un proceso recesivo imparable y en una conversión acelerada en un fenómeno puramente cultural y folclorista.

Además de la Iglesia, el otro gran espacio institucional del que, evidentemente, tampoco pudo —ni supo— sustraerse la clase obrera fue el del Estado. *Las relaciones de la clase obrera con el Estado* no deberían limitarse a estudiar los temas exclusivamente políticos; es decir: la participación del proletariado en las diferentes y sucesivas elecciones nacionales y locales, las concepciones —alternativas o abolitivas— que sobre el Estado mantuvieron los movimientos obreros y el grado de enfrentamiento —o de colaboración que también la hubo— a que llegaron con el modelo estatal existente en cada momento y con sus dirigentes gubernamentales⁸¹, así como el diferente apoyo que se dio en cada región española inmersa en el fenómeno del nacionalismo periférico⁸².

Dolores GÓMEZ MOLLEDA, *La escuela, problema social. En el centenario de Poveda*, Narcea, Madrid, 1974; sobre el P. Vicent, Rafael M.^a SANZ DE DIEGO, «El P. Vicent: 25 años de catolicismo social en España (1886-1912)», *Hispania Sacra*, vol. XXXIII, 1981, pp. 323-372. Además de la bibliografía ya citada, pueden verse los volúmenes *Iglesia y sociedad en la España del siglo XX. Catolicismo social (1909-1940)*, Madrid, 1987 y *Estudios históricos sobre la Iglesia española contemporánea*, Real Monasterio de El Escorial, El Escorial, 1979, especialmente pp. 11-115; también Luis PALACIOS, *Círculos de obreros y sindicatos agrarios en Córdoba (1877-1923)*, Córdoba, 1985 y Domingo BENAVIDES, *Democracia y cristianismo en la España de la Restauración, 1875-1931*, Editora Nacional, Madrid, 1978.

⁸⁰ Cfr. Adela de CÁCERES, «*El Debate*» como empresa social católica, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Salamanca, 1978; también, José ANDRÉS-GALLEGO, «Sobre el origen de los propagandistas, ICAI y *El Debate*, *Hispania Sacra*, núm. 93, 1993, pp. 249-306.

⁸¹ Véanse, entre otros muchos de carácter general, Santos JULIÁ, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Taurus, Madrid, 1997; Elías DÍAZ, *Socialismo en España: el partido y el Estado*, Ed. Mezquita, Madrid, 1982; Francisco de Luis MARTÍN, «Consideraciones sobre las relaciones Socialismo-Estado en España», *Historia Contemporánea*, núm. 17, 1998, pp. 309-334; José ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1976; VV.AA., *El movimiento libertario español. Pasado, Presente y Futuro*, París, 1974; Javier PANIAGUA, «Una gran pregunta y varias respuestas. El anarquismo español: desde la política a la historiografía», *Historia Social*, núm. 12, Invierno 1992, pp. 31-57; José Manuel CUENCA TORIBIO, *Sindicatos y Partidos Católicos Españoles ¿Fracaso o frustración?, 1870-1977*, Unión Editorial, Madrid, 2001.

⁸² Vid., entre otros, Albert BALCELLS, *Marxismo y catalanismo, 1930-1936*, Anagrama, Barcelona, 1976; del mismo autor, «Los socialistas en Cataluña hasta la guerra civil», en

Las interconexiones obreros/Estado discurrieron por otros canales, aparte del político, como por ejemplo el educativo desde el momento en que la enseñanza se convierte en obligatoria y de competencia —al menos teórica o inspectora— estatal. Un segundo cauce muy interesante fue el del ejército; a través de la implantación del servicio militar obligatorio con sus sistemas de recluta y de exenciones clasistas se gestó un contingente de soldados compuesto casi en exclusividad por obreros y campesinos y mandados por unos jefes y oficiales ajenos totalmente a su mundo ideológico. El paso de las sucesivas generaciones de «quintos» por la milicia y, no digamos nada, su participación en las desastrosas guerras coloniales y en la temida contienda de Marruecos⁸³ provocó heroismos ampliamente orquestados, deserciones mucho más silenciadas y no demasiadas revueltas para el potencial que cabría esperar de un proletariado con acceso a las armas⁸⁴; pero por encima de

Santos JULIÁ (coord.), *El Socialismo en las nacionalidades y regiones*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1988, pp. 7-40 y «Los anarquistas y la cuestión nacional catalana hasta 1939», en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.), *España, 1898-1936: Estructuras y Cambio*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1984, pp. 379-424; en este mismo volumen, Salvador CARRASCO CALVO, «Catolicismo y catalanismo, 1898-1936: trayectoria y peculiaridades del catolicismo social catalán», pp. 433-452; Jesús M. EGUIGUREN, *El PSOE en el País Vasco (1886-1936)*, Haramburu editor, San Sebastián, 1984; Juan Pablo FUSI, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Turner, Madrid, 1975; del mismo autor, «El socialismo vasco 1886-1984», en Santos JULIÁ (coord.), *El Socialismo en las nacionalidades y regiones*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 1988, pp. 41-70.

⁸³ Elena HERNÁNDEZ SANDOICA y M.^a Fernanda MANCEBO, «Higiene y sociedad en la Guerra de Cuba (1895-1898). Notas sobre soldados y proletarios», *Estudios de Historia Social*, núms. 5-6, 1978; también, Nuria SALES DE BOHIGAS, «Servicio militar y sociedad en la España del siglo XIX», en *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Ariel, Barcelona, 1974, pp. 207-246 y Carlos SERRANO, *Final del Imperio. España, 1895-1898*, Siglo XXI, Madrid, 1984; F. PUELL DE LA VILLA, *El soldado desconocido. De la leva a la «mili», 1700-1912*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1996; J.F. GARCÍA MORENO, *Servicio militar en España, 1913-1935*, Servicio de Publicaciones del EME, Madrid, 1988 y Carlos NAVAJAS, *Ejército, Estado y Sociedad en España, 1913-1935*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1991.

⁸⁴ Vid. Carlos SERRANO, «Prófugos y desertores en la guerra de Cuba», *Estudios de Historia Social*, núms. 22-23, 1982, pp. 253-278; A.J. GONZÁLEZ ASENJO, «La resistencia al servicio militar en Galicia, 1837-1874», *Estudios de Historia Social*, núms. 34-35, 1985, pp. 197-318; A. FEIJÓ GÓMEZ, *Quintas y Protesta Social en el siglo XIX*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1996; T. ABELLÓ, «El refús al servei militar», en Enric UCÉLAY DA CAL (dir.), *La joventut a Catalunya al segle XX*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1987, vol. I, pp. 340-355; J. M. CASTELLANO GIL, *Quintas, prófugos y emigración. La Laguna, 1886-1935*, Ayuntamiento de La Laguna-Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna, 1990; F. MOLINA, *El servei militar a Lleida. Història i sociologia de les quintes*, Pagès editors, Lleida, 1997; E. MARTÍNEZ RUIZ, «Desertores y prófugos en la primera mitad del siglo XIX. Sus causas y efectos», *Hispania*, núm. 107, 1967, pp. 608-638. Útiles referencias tam-

estos hechos, la consecuencia de más fundamento estribó en el impacto mental colectivo que los años de vestir el uniforme produjeron, fomentando un antimilitarismo difuso mezclado con un patriotismo superficial y todo ello superado por un sentimiento de temor reverencial y de recelo hacia el Estado español concebido como un organismo injusto, opresivo, parcial, incompetente, derrochador. Este sentimiento contraestatal muy arraigado se apoyaba también en el rechazo del sistema fiscal, tremendamente antipopular, del arcaico sistema judicial, del policial y del carcelario⁸⁵, un filón este último —hecha excepción de las consabidas contabilidades de penas y penados y de otros trabajos cuantitativos sobre las actuaciones represoras— apenas explotado por la historiografía; al igual que hubo una cultura de la fábrica, una cultura de la barriada obrera y una cultura de las Casas del Pueblo, hubo una cultura del mundo carcelario con su lenguaje peculiar, sus manifestaciones artísticas y estéticas —las carceleras flamencas— y su propio universo de valores morales y éticos.

¿Propició todo esto una *ética obrera*? La respuesta es que sí, si bien tal ética fue un compendio de todos los principios morales que podíamos considerar como «clásicos» y, al mismo tiempo, de sus contrarios. Hubo una corriente, compartida —aunque con matices— por anarquistas, socialistas, comunistas y sindicalistas cristianos, que defendía la honradez, el esfuerzo, el trabajo, la fidelidad a la palabra dada, la entrega, el compromiso, la defensa del débil, la solidaridad, el compañerismo, el ahorro, la austeridad en las costumbres, el comportamiento pacífico, la vida familiar... pero hubo también una ética de la rebeldía, de la violencia, del rechazo del trabajo, del amor libre, de la falta de ataduras morales, del desdén hacia los llamados «valores burgueses» y hacia la hipocresía, de la provocación, de la automarginación y de la sublimación de la vida desordenada y bohemia... Las dos se enfrentaron, coexistieron y hasta llegaron en algunos momentos a realizar auténticos procesos de síntesis imposibles. Esa ética, que Álvarez Junco califica de puritana⁸⁶, estaba

bién en las obras clásicas de Romero Maura y Connelly Ullman. Un relato autobiográfico de una revuelta popular —en este caso de la marinería— en Jesús ARA, *La sublevación del Numancia*, Biblioteca Prensa Roja, Madrid, 1923.

⁸⁵ Dos ejemplos pueden encontrarse en los relatos autobiográficos del socialista Vicente LACAMBRA, *Mi calvario. Diez años de un inocente en presidio*, Madrid, s.e., s. a. [¿1914?] y del anarquista Elías GARCÍA SEGARRA, *El presidiario (Escenas de presidio)*, La Novela Roja, Madrid, 1931.

⁸⁶ José ÁLVAREZ JUNCO, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza, Madrid, 1990, p. 219. Vid. también María del Pilar PÉREZ GUTIÉRREZ, «Aproximación a una moral socialista mallorquina a partir de *El Obrero Balear: 1900-1919*», *Estudis Balearics*, núm. 43, 1992, pp. 95-108.

ciertamente nutrida de escatología cristiana, impulso racionalizador y rebeldía frente al «hombre viejo» característico de la sociedad burguesa y religiosa, como revelan las páginas del *Justo Vives*, de Anselmo Lorenzo o del opúsculo *Moral católica y moral socialista*, de Juan Almela Meliá. La combinación de tales elementos produjo efectos bien contrastados: si por un lado, como en alguna ocasión afirmó Pío Baroja, los socialistas —y cabría extender la afirmación a los anarquistas también— habían acabado con el chulerismo y la canallería de los estratos bajos de la población madrileña —podría decirse lo mismo de otros lugares—, por otro ambos movimientos siguieron contando en sus filas con hombres —mitad «santos», mitad «bandoleros»— imbuidos de fe en la tea revolucionaria, en la dinamita o en la explosión social —sin pararse en barras frente a los graves y contraproducentes efectos de tal posición, como la historia se encargaría de mostrar— y dispuestos siempre a ponerla en práctica en cuanto los vientos soplaran a favor.

Después de haber escrito este artículo, nos asalta la duda de si habremos aportado algo de claridad al tema o simplemente hemos añadido un nuevo cargamento de confusión metodológica al mismo. Por una vez, y sin que sirva de precedente, nos gustaría que los buenos propósitos teóricos estuvieran por encima de los flacos resultados prácticos. Nos conformaríamos con muy poco: con reivindicar la ideología popular como asunto histórico al que no debiera preterirse por mucho más tiempo, con dejar bien claro que aunque el término de una cultura obrera española única resulta inviable sí que hay muchas culturas dentro de la clase obrera y que pueden estudiarse cada una de ellas en su diversidad y en sus contradicciones y, por último, que sólo desde una auténtica interdisciplinaridad científica se podrá dar el impulso y la tan ansiada reorientación que la historiografía obrera hispana parece venir reclamando desde hace más de diez años.